

La Esfera



Año II * Núm. 98

Precio: 50 cénts.



Comana



**DURANTE
LAS LARGAS
VELADAS DE INVIERNO**

cuando ni aun los atractivos del Teatro son suficiente para inducirle á salir de su hogar, Ud. encontrará el compañero más agradable, que no solamente deleitará á Ud. y á sus amigos, sino que los hará pasar agradablemente las horas de ocio.

Venga Ud. á probar Ud. mismo un «PIANOLA» PIANO y se convencerá seguidamente. El «PIANOLA» PIANO se combina con cinco clases de Pianos: con el famoso Steinway, Weber, Steck, Stroud y Farrand.

THE AEOLIAN COMPANY
Agente: S. E. SAN LAMARIA

Pídanos el nuevo Catálogo X 2.
FUENCARRAL, 20 dupl., MADRID

Agencia en Barcelona:
P. IZABAL
14, Plaza Santa Ana

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 pesetas
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::::

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como
-:- -:- -:- artísticos, que los solicitados -:- -:-

COMPRE USTED LOS MIÉRCOLES "Mundo Gráfico"

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden ☉ Hay ascensor

La Esfera

Año II.—Núm. 98

13 Noviembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL REY FERNANDO DE RUMANÍA

DIBUJO DE GAMONAL



DE LA VIDA QUE PASA LAS MUJERES QUE ESTUDIAN

No hace mucho publicaban los semanarios gráficos, retratos de varias jóvenes que habían terminado estudios universitarios. Hoy hemos de unir á ellos el de María Lois, que á los diez y ocho años — flor de belleza y de gracia —, ha ganado en oposición el premio extraordinario de la Licenciatura de Letras. Además ha sido nombrada Secretaria de la Escuela Superior de Bibliotecarias, creada recientemente por la Mancomunidad Catalana. No se trata ya de casos aislados. En casi todos los Institutos provincianos y en los dos de Madrid hay matriculadas jovencitas que sienten el noble estímulo de saber algo más de lo que les enseñaron las *buenas madres* ó de lo que pudiera enseñarles una empecatada institutriz.

Hasta aquí, la mujer española no ha creído que hubiese para ella más carrera que la de maestra de primeras letras, de estudios cortos y modestos provechos. A medida que esta profesión se ha ido dignificando y aumentando sus cursos y utilidades, ha ido pareciendo más fácil que las jóvenes fuesen licenciadas ó doctoras. Las primeras que han querido hacer estos estudios han afrontado valientemente el ridículo. Ya en nuestro léxico el significado de la palabra *bachillera* era bastante mordaz, para que hubiese damiselas que la excedieran llegando á grados superiores en los escalafones de la cultura.

Estamos ahora en el comienzo de tiempos nuevos. La mujer española no se resigna ya á ser solamente maestra ó institutriz, auxiliar telegrafista ó mecanógrafa. Es posible que no lleguemos á tener muchas doctoras en Derecho, aunque las prácticas de esta profesión pudieran tener buen acomodo con muchas cualidades femeninas, pero ¿no comienza á pensar la gente que los trabajos de la rebotica, minuciosos y delicados, son más propios de mancebas que de mancebos?

Ante esta orientación, que no me atrevo á llamar feminista, ¿qué hará el Estado español? Como siempre, como en todo, se ha anticipado la acción social á su impulso y durante muchos años esperaremos á que en vez de dirigir, de alentar, de impulsar, lleguen á enterarse nuestros políticos de que hay mujeres que al conquistar un título universitario han adquirido unos derechos que tarde ó temprano habrá que reconocer y aceptar. Para estudiar estos casos y para prevenirlos, ¿será preciso esperar á que una linda mujercita se presente en unas oposiciones de Registradores de la propiedad ó de Abogados del Estado?



MARIA LOIS Y LÓPEZ

Distinguida señorita, de diez y ocho años de edad, que, bachiller en el Instituto de Lérida en 1913, acaba de obtener, por oposición, el premio extraordinario de la Licenciatura de Filosofía y Letras (sección de Letras) en la Universidad de Barcelona, siendo la primera mujer que obtiene tan señalado triunfo en esta carrera

Pero, más aún; conociendo este creciente estímulo con que la mujer quiere buscar su liberación, rompiendo ella misma la cadena de preocupaciones que la sujetaban á la vergonzosa búsqueda del marido, ¿el Estado no hará nada, no dirá nada, no creará nada, no ayudará á quitar inconvenientes, á borrar dificultades para que su acción repercuta en los colegios y en los hogares y sepan las familias que el esfuerzo de la niña que quiere estudiar y tener una profesión, no se perderá ó no llegará á más que á la estéril posesión del título, patente de sabiduría?

No; el Estado español no hará nada; no dirá nada; no creará nada. El Estado español espera pacientemente á que España se haga ó se deshaga sola. Luego — ya oís á los políticos profesionales —, se enorgullece de que España progresa, de que aumentan su riqueza y su cultura, su capacidad tributaria y su actividad exportadora,

como si eso no fuese la obra aislada, tenaz y un poco forzada de veinte millones de ciudadanos que trabajan, estudian y producen entre abominaciones y renegos del Estado que enerva, del Fisco que saquea y de la política que corrompe.

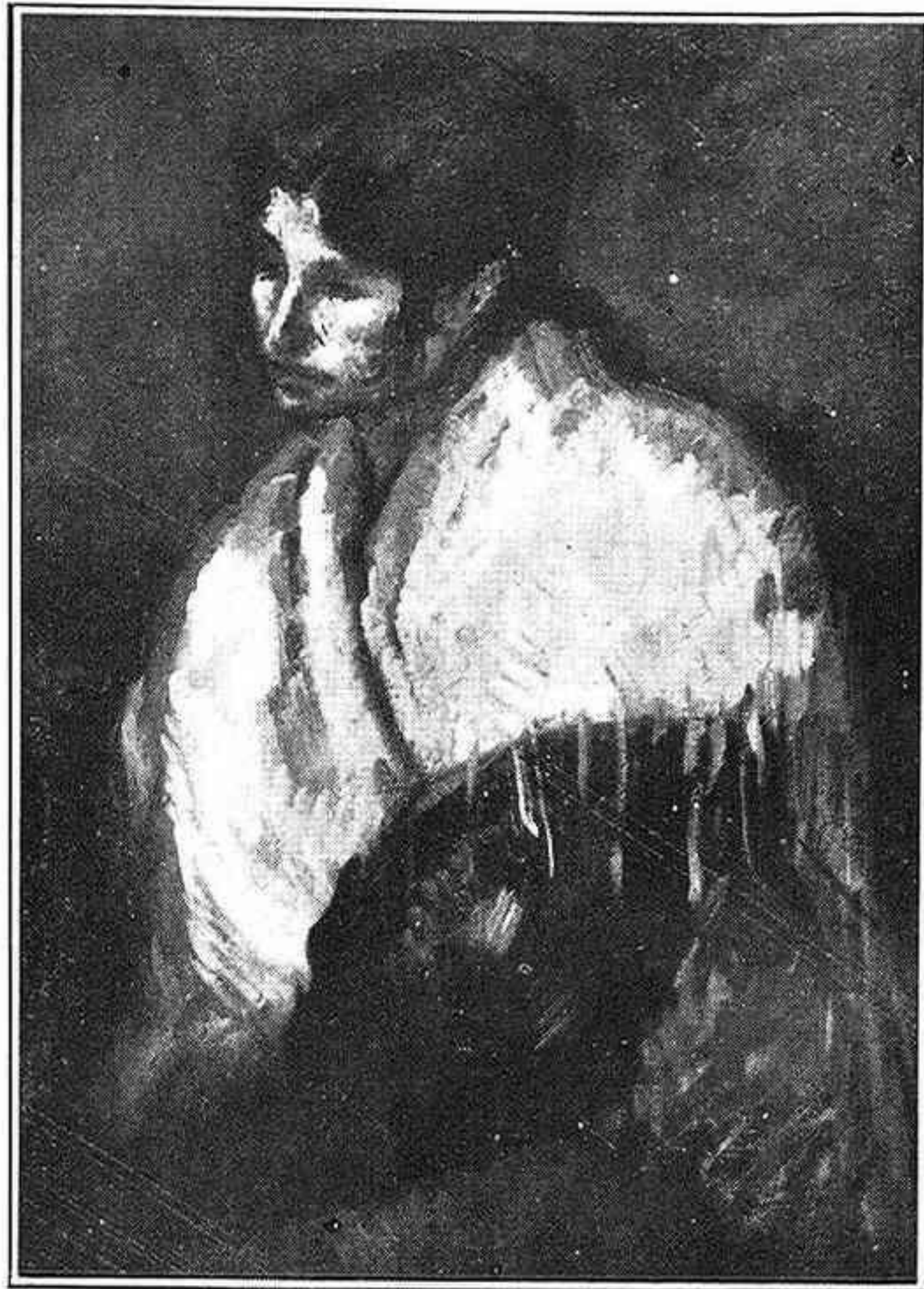
No repara el Estado que si la mujer de la clase media española encontrara su liberación en labores intelectuales, sería mucho más rápida la liberación de las pobres mujeres, á las que hoy se explota con jornales misérrimos y con salarios tan vergonzosos, que han hecho decir á un no sé si moralista ó paralogista, que en Madrid, al menos, la ocupación más honrosa de la mujer pobre es la prostitución.

Ni siquiera se ha enterado el Estado español de que la Mancomunidad catalana ha creado esa Escuela superior de Bibliotecarias, de cuyo profesorado forma parte ya la linda señorita Lois, con la grácil sesudez de sus diez y ocho años. Aquí, donde ha sido posible dar entrada á la mujer en el Cuerpo de Telégrafos, pero donde no se ha creído que los trabajos burocráticos del oficial quinto y aun del cuarto debieran entregarse á mujeres, parecería absurdo que el Cuerpo de Bibliotecarios se compusiera en su mayoría de doctoras, licenciadas y bachilleras.

Pues así es, precisamente, donde las Bibliotecas no son cementerios de libros, sino laboratorios activos que producen incansablemente y que ponen al alcance de cada ciudadano las primeras materias de la cultura. Así es en los Estados Unidos, donde las Bibliotecas no son erudición encerrada en los libros que esperan polvorientos

como el arpa de Bécquer, la mano que ha de abrirlos, sino que son expansión y difusión constante que van á la calle, á los talleres, á las fábricas, á las escuelas. Son el libro persiguiendo al lector...

Así la belleza de la señorita Lois fuese atractivo para que el Presidente del Consejo, ó el señor Andrade ó un detonante político cualquiera fijase su atención en esta página y leyese estas líneas y advirtiese que están abiertas las Cortes y que se les debía pedir se enterasen de que estas mujeres que estudian piden al Estado la reedición de sus hermanas, de las explotadas en los talleres, de las esclavas del bien parecer, de las sumisas de tantas preocupaciones, de las pobrecitas que no tienen más solución moral y económica que salir cada mañana y cada tarde por esas calles de Dios á la triste y vergonzosa búsqueda del marido!...—DIONISIO PEREZ



físicas, los encolerizó de tal modo, que incendiaron la ciudad, asaltaron las casas y los palacios, asesinaron á los felices y, por último, mataron á Isidro Nonell y arrastraron su cadáver y lo mutilaron y lo profanaron, y cuando sólo era «un montón informe de carne y sangre y lodo», lo arrojaron á un río infecto y de aguas claras.

Entonces tenía el artista catalán treinta años, pues había nacido en 1875. Entre la muerte imaginada por el admirable glosador de *La Veu de Catalunya* y la otra, verdadera y definitiva, sólo mediaron ocho años. Isidro Nonell se fué de la vida á fines de 1911.

ooo

Isidro Nonell ha dejado una huella honda y capaz para futuros «coulages» estéticos en Cataluña. No es difícil encontrarle en los labios y aun en las obras de los artistas jóvenes. Su nombre y su tendencia asoman frecuentemente en los artículos críticos. De reminiscencias nonellianas están compuestas algunas reputaciones. Acaso, de no morir tan joven, su influencia no se hubiese limitado á Cataluña solamente.

Nonell acabó, si embargo, por no exponer en los Certámenes Nacionales. Se le infirió varias veces la ofensa de que pasara inadvertido. Re-

cuerto todavía una de las últimas exposiciones celebradas en el Cuartel de la Guardia Civil del Hipódromo en la que se colgaron dos cuadros de Nonell en las salas de arriba, que estigmatizaban á los artistas de mediocridad.

De los dibujos anecdóticos ó callejeros, en los que el joven maestro se complacía reflejando hampones y miserables, pasó á la que había de ser su verdadera orientación: las gitanas y los bodegones. Lo de menos para él era el asunto. Lo importante era la voluptuosidad del color. Sus bistros, sus ocreos, sus cadmios, carmines y verdes tenían pastosidades, crasitudes oleosas, nuevas, desconocidas, en todo el mérito y la frescura de los hallazgos técnicos.

Con más el negro. Negros absolutos, enérgicos, que tenían incluso agresivos relieves macizos. Para el artista, para el analizador de modos de «poner el color», Isidro Nonell era un espectáculo inapreciable. Se le seguía en su complacencia de desenlazar armonías y extender gamas y valorar diversos matices dentro de un mismo tono. Y en cuanto á la línea, una simplicidad cezannista, puesto que también Nonell aca-
qu'il a decouverte.

A veces, un mismo modelo, en una misma

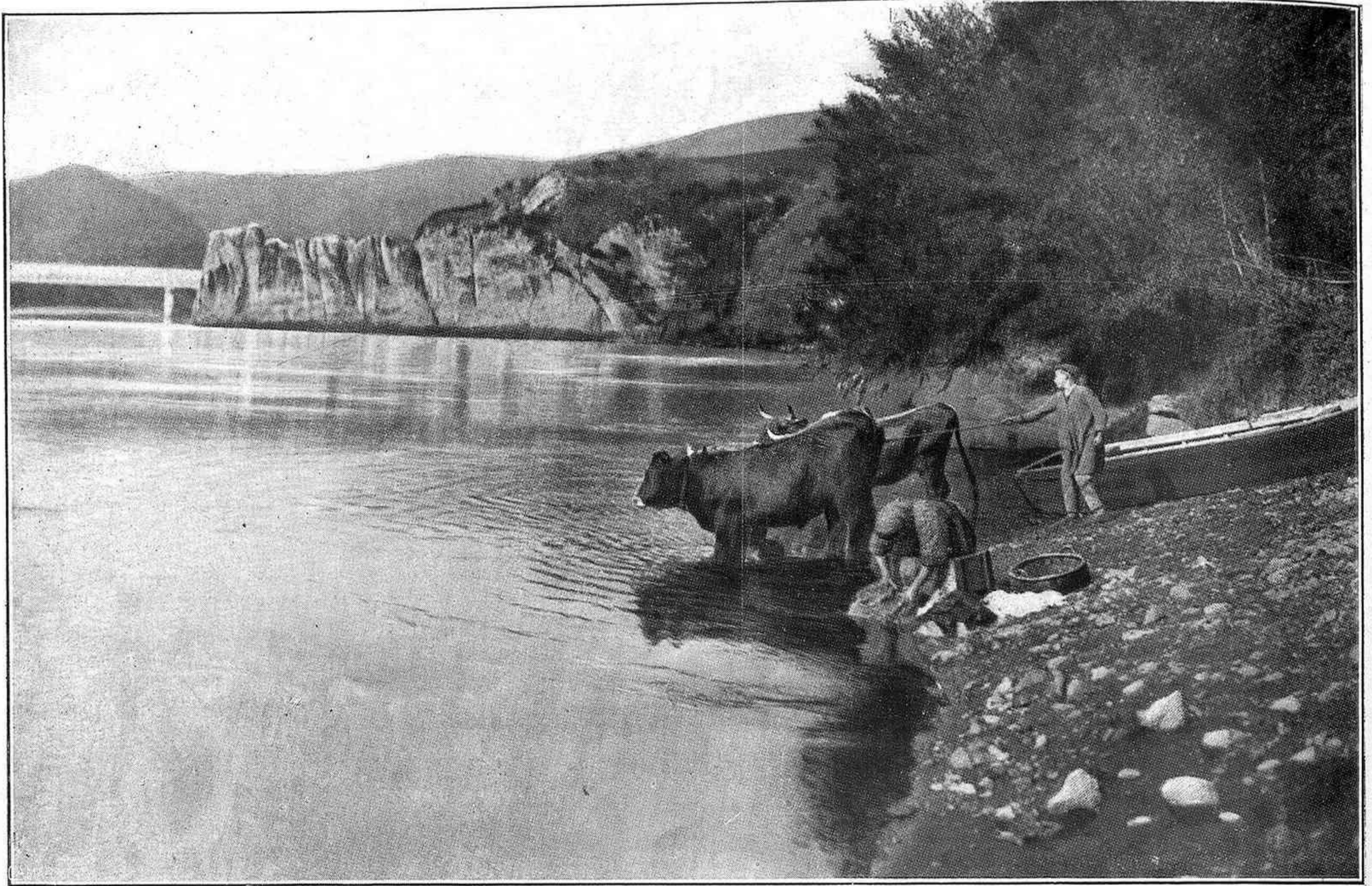
postura, bajo la misma luz, lo interpretaba diez, doce, quince veces, y dentro de la semejanza aparente, ofrecía á las miradas expertas sensibles modificaciones, cual modulaciones sonoras de una misma nota emitida por diferentes y simultáneamente educadas gargantas. El color tenía calidades inesperadas, transparencias finuras sin precedente técnico y sobreponía á la banalidad del asunto—un cacharro, unas manzanas, un plato con sardinas, un trozo de pan ó una vieja aterida dentro de un mantón agujereado y pardo—magnificencias coloristas dignas de interpretar joyas, mayólicasuntuosas, crepúsculos septembrinos ó esplendideces de mujeres en toda juvenilidad y toda desnudez.

Por último, la psicología de sus gitanas nos enfriaba un poco la médula y nos oprimía el corazón. ¡Qué lejos las otras gitanas de faldamenta y pañolillos chillones, de caras de caoba ó de tierra cocida que pintan los chamarileros del arte! Las gitanas de Nonell son unas mozas tuberculosas y melancólicas, abrumadas bajo la fatalidad de su éxodo permanente. O unas viejas envilecidas, entristecidas, encorvadas por una atracción de presagio hacia la tierra que huye bajo sus pies...

SILVIO LAGO



Cuadros y dibujos del malogrado artista catalán Isidro Nonell



Aldeanos de la bella campiña praviiana, dando de beber á las vacas en el Nalón

POR TIERRAS ASTURIANAS

PRAVIA Y EL NALÓN

Al orillas del Nalón, el más caudaloso de los ríos de Asturias, encuéntrase la villa de Pravia, una de las más pintorescas de aquella región, tan abundante en paisajes poéticos y en bellas perspectivas.

Sin monumentos que recuerden los hechos históricos de que fué teatro en los remotos días en que el reino tuvo allí establecida su corte, el mayor encanto de Pravia constitúyeno actualmente sus valles pintorescos que fertilizan los numerosos ríos que vierten sus aguas en el Nalón, proporcionando á éste un caudal tan abundante que le permite ser navegable en algunos puntos, en los que su ancho cauce llega á proporcionar á los barcos magnífica ensenada de refugio al abrigo de elevados montes, que bien pudiera considerarse como puerto, y que habría llegado á serlo de importancia si otras poblaciones de Asturias, entre ellas Gijón, no hubieran procurado activamente disputarle las ventajas de que la naturaleza dotó á la ría praviiana, un tiempo vía principal de transporte de los carbones de Asturias y de las maderas de construcción.

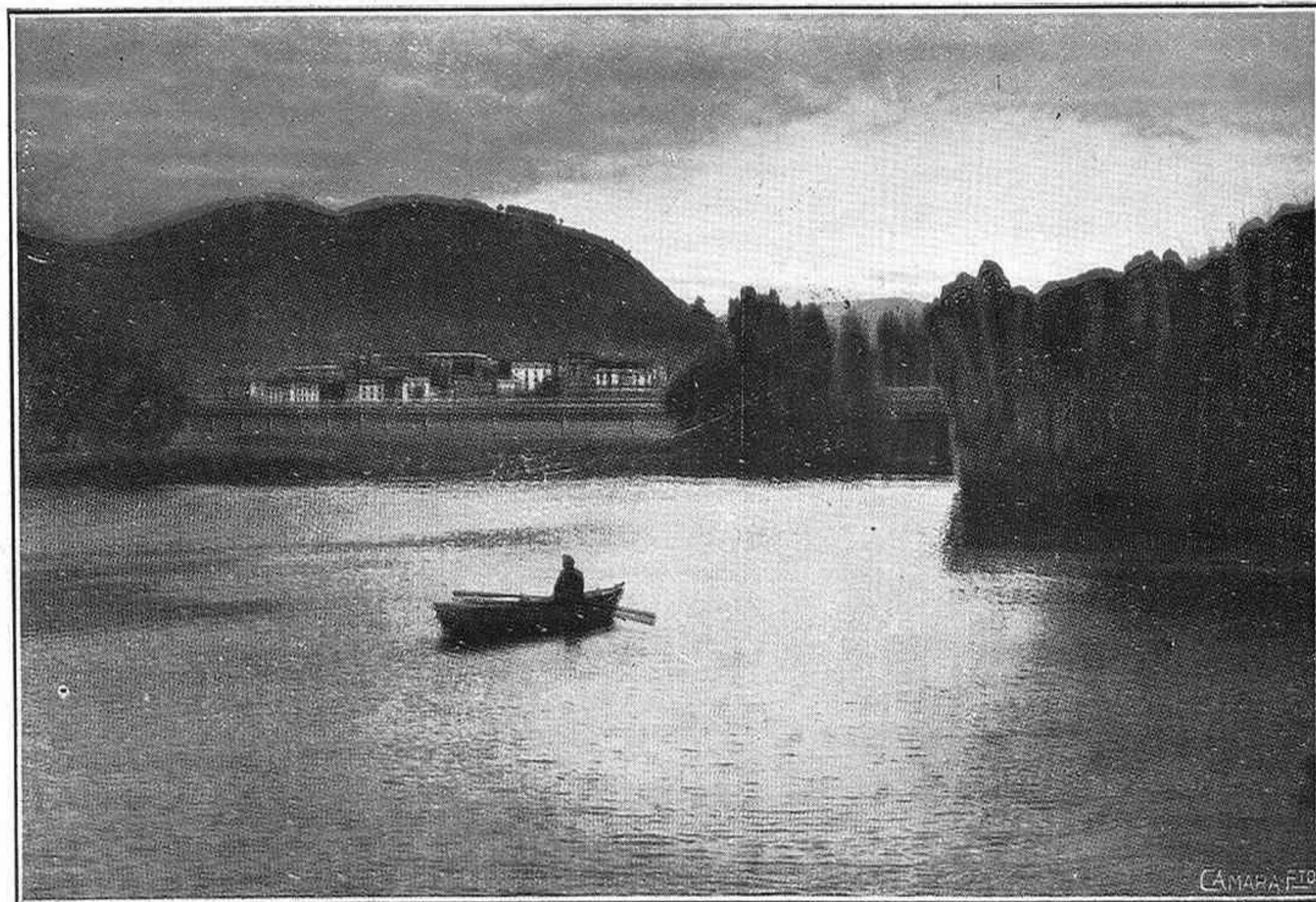
Al pasar el Nalón por Pravia no es más que un anchuroso río

que embellece el paisaje con su presencia y lo fertiliza con sus aguas, aumentando sus encantadores aspectos con la feracidad y la abundancia de la vegetación, tan rica en matices en toda la campiña asturiana y muy especialmente en las aldeas que surcan numerosos riachuelos; pero siete kilómetros más allá, la caudalosa corriente que baña las vegas de San-

lianés y penetra en término de Muros, antes de desembocar en el Cantábrico, forma la llamada ría de Pravia, donde existe el puerto de San Esteban, con aduana marítima de tercera clase, hoy de escasísima importancia comercial.

Es también una nota de sugestivo encanto, de indudable poesía, el caserío de estas aldeas, semejante en su rusticidad y en su forma típica al de la montaña santanderina que tantos puntos de contacto ofrece con la asturiana tierra.

Al hermoso y feracísimo paisaje que fertiliza el Nalón, préstale un encanto definitivo la vivienda aldeana, que si es de una rusticidad primitiva, es también de una belleza incomparable, y que guarda una perfecta armonía con el fondo de que destacan esas agrupaciones de casitas que elevan sobre el nivel del suelo sólidos



Un crepúsculo en Pravia, á orillas del Nalón

CÁMARA FLO



Aldeanas de las orillas del Nalón, lavando sus ropas en el río

soportes y á las que se asciende merced á una escalera de seis ú ocho peldaños.

En las poblaciones en que el progreso entró con sus reformas, llevando á las viviendas la solidez y la riqueza de la moderna construcción, no brinda á los ojos del viajero esta belleza sugestiva el frondoso paisaje, porque la arquitectura ciudadana quita el encanto de esa rusticidad que ha inspirado á tantos artistas poéticas pinturas de la vida campesina.

Fama merecida por su fertilidad y por su sorprendente belleza, tienen los valles del Nalón y del Narcea en muchas leguas del curso que cada uno de estos rios sigue y hasta que juntan sus aguas en Ambas Mestas, arriba de Pravia, pero lo más espléndidamente pintoresco y de más variadas y encantadoras perspectivas en sus amplios valles y en sus fertilísimas vegas, encuéntrase desde este punto al mar. Con razón se conceptúa la comarca más deliciosa, más abundante en sugestivos panoramas de la costa, desde las Rías Bajas de Pontevedra á la frontera de Francia.

ooo

Pravia, cuyo bello paisaje constituye hoy el mayor encanto que en el contorno de la villa puede ofrecerse, fué, sin embargo, en muy lejanas épocas, residencia de reyes.

En el siglo viii trasladó Silo su reducida corte á Pravia desde Cangas de Onís, que fué la primitiva residencia de los soberanos de Asturias. Fué teatro de aquel pacífico reinado y de la usurpación de Mauregato, así como de la inquietante agonía de este turbulento monarca.



Bello paisaje praviano

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

La anchurosa corriente del Nalón fecundiza una hermosa vega al pie de una colina, en cuya altura se edificó la iglesia de Santianes en substitución de la obra que mandara construir el rey Silo y del monasterio que ofreció retiro á su consorte, y marchando por cauce aún más ancho, esa misma corriente va á llevar sus caudales al mar de allí á una legua, junto á la villa de Muros y al puerto de San Esteban, que es el que en otros tiempos sirvió de admirable refugio á las embarcaciones que navegaban por aquellas aguas antes de que Gijón, engrandeciéndolo su vida comercial á medida que aumentaba sus vías de comunicación, aprovechándose de las excelentes condiciones que le proporcionaba su situación geográfica, atrajera á su puerto el tráfico marítimo. De aquella época en que cupo á la villa de Pravia el honor de ser residencia de los reyes de Asturias, consérvanse escasísimos recuerdos. De la antiquísima muralla construída hace once siglos, solo quedan algunas piedras; sobre una parte de ella se edificó la casa del Busto, con licencia real de 1695.

En la margen derecha del Nalón y en el sitio denominado El Rosico, á poco más de dos kilómetros de Pravia, también existen en un paraje muy pintoresco algunos restos del palacio que habitó la princesa Palla.

Pero estas venerables y desperdigadas ruinas constituyen todos los recuerdos que se conservan de aquellos días, los más esplendorosos para la bella aldea y los únicos que le prestan un carácter histórico de algún interés, pero que oscurecen con su esplendor las bellezas naturales.

JUAN BALAGUER



DESDE ITALIA  LA CARTUJA DE PAVIA

Vista general de la Cartuja de Pavia

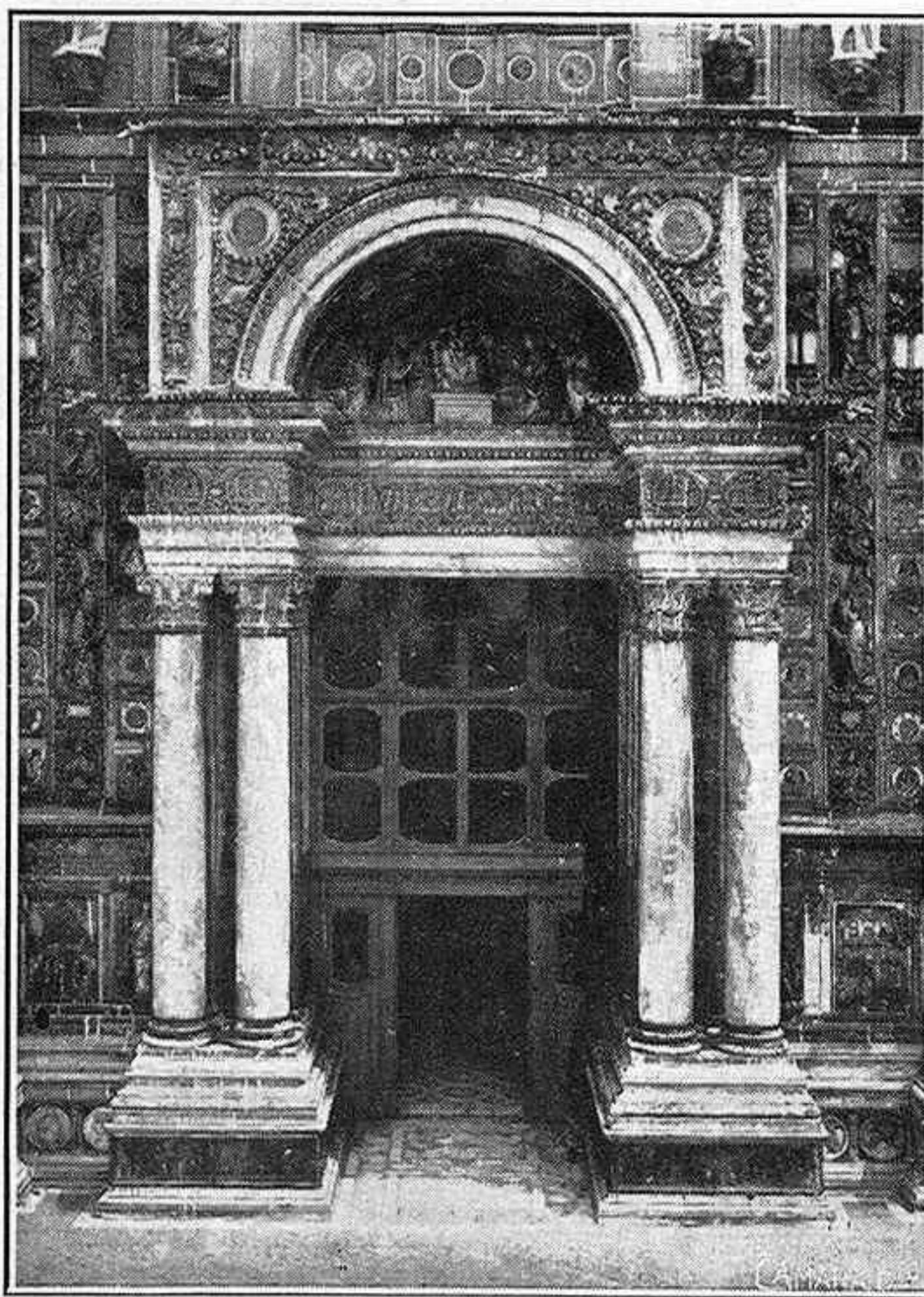
MEDIA hora después de salir de Milán, el rápido de Génova se detiene un instante en un apeadero.

—¡La Certosa!—grita una voz.

Y el tren prosigue su ruta; según se aleja, el campo vuelve a anegarse en silencio profundo y los pájaros reanudan su cantar.

Para llegar á la Cartuja tres veces famosa—merece serlo en grado máximo por su antigüedad, por sus inapreciables tesoros artísticos y por haber servido unas semanas de prisión al «rey-caballero»—necesitamos recorrer de dos á tres kilómetros, próximamente. Antes, esta distancia se salvaba en tranvía, pero la guerra actual, ó acaso la escasez de turistas, han interrumpido la circulación de coches, y el camino ha de ganarse á pie. ¡Paseo delicioso!

Avanzamos á través de una espesura desbordante, matizada por los verdes más fuertes del estío; huele el aire á resinas y á rosas silvestres. Los árboles tejen sobre la paz del desierto sendero una bóveda densa, color de esmeralda, impregnada de suave frescor. A intervalos, por entre el matorral aparecen anchos campos sembrados de trigo y avena, á los que la brisa imprime bajo la cruda lumbrarada diurna, inquietudes de mar. Pero estas visiones de horizonte son breves, y nuevamente la umbría del bosque nos rodea. Algunos hilillos de sol traspasan la fronda y dibujan círculos temblantes, latientes como pupilas, sobre el polvo del sendero. De unos troncos á otros las enredaderas cuelgan caprichosos festones, y sus flores se mecen en el aire semejantes á mudas campanillas. Hay un silencio de Paraíso; creyérase que la primera mujer y el primer hombre, no han sido



Puerta principal de la Cartuja de Pavia

aún formados. Una serpiente bruñida, como de plata, lentamente atraviesa el camino...

Llegamos á la Cartuja y larguísimo rato permanecemos inmóviles ante ella, sumergidos en ese alquitarado deleite y radical olvido de todo que produce en las almas la admiración; pues si cautivan las líneas generales del frontis, mucho más asombran y rinden sus detalles, y así cuanto más vemos más quisiéramos ver y penetrar y como bañarnos en su hermosura y riqueza.

Tantas magnificencias arrancaron á Erasmo, el gran humanista del Renacimiento, esta consideración amarga:

«¿Para qué gastar así el dinero en la erección de un templo destinado únicamente á abrigar las salmodias de algunos frailes, á quienes luego molestará la afluencia de esos viajeros que sólo buscan el lujo de los mármoles?...»

Estas palabras del filósofo de Rotterdam, diríase que helaron el entusiasmo de los artistas empleados en concluir la fachada, comenzada en 1473 con arreglo á los dibujos del arquitecto Guiniforte Solari por Antonio Amadeo y los hermanos Mantegazza. Habían trabajado en ella asimismo Dolcebuono, Della Porta, Briesco, Cristóforo Lombardo, el célebre pintor Ambrosio Fossano, apodado «El Borgoñón», y otros muchos; mas, de súbito, paralizóse aquel derroche de belleza, y así no existe equilibrio entre la parte inferior, donde los pórfidos y alabastros famosos de Italia disputan á los mármoles de Carrara y de Candoglia su deslumbrante hegemonía, y en que los cinceles mejores de la época ejecutaron maravillas prolijas, y la mitad más alta, de una sencillez escueta, desabrida y glacial.

Dentro del templo, varios «cicerones» aguardan al visitante: unos fuman, otros, como hace calor, están en mangas de camisa, y todos con la gorra de su uniforme puesta. Sus actitudes indolentes, su desdén del lugar donde se hallan, el rumor de sus conversaciones y de sus risas, dan á la iglesia un aspecto profano de vivac. A nuestro lado el «cicerone» que ha de acompañarnos, ha empezado á hablar. ¿Cómo evitarlo? Tiene todas las características de su oficio: es ignorante, codicioso y charlatán; sin embargo, su presencia no irrita, antes ayuda á soñar, á inmergirse en el Pasado, pues establecemos una rara armonía entre la blandura servicial de su voz y las cadencias educadoras del idioma italiano, y la penumbra del enorme edificio, callado y devoto, semillero grandioso de recuerdos históricos y de bellezas.

De los labios platicadores del guía, las palabras manan sin interrupción, confusas, uniformes, somníferas, como el llanto de una fuente:

—Esta es la capilla de Santa María Magdalena. El cuadro del altar es obra del Perusino, y las columnas son de mármol egipcio, con basamentos y chapiteles de bronce... Capilla de San José: el cuadro del altar lo pintó el célebre Pedro de Cremona; columnas de alabastro oriental; recomendamos al señor visitante fijarse en la prodigiosa labor de este bajo-relieve que representa «la degollación de los Inocentes», y es obra de Bussola... Capilla de San Ambrosio: el cuadro del altar es «del Borgoñón» —1490—; el santo á que fué consagrada aparece rodeado de Santa Marcelina, San Satiro, San Gervasio y San Protasio, y el suelo del lienzo es copia del primitivo pavimento del templo... He aquí el soberbio mausoleo donde reposan los restos del poderoso señor Juan Galéas Visconti, fundador del Monasterio, y los de su bellísima esposa Isabel de Valois, hija del rey de Francia Juan II, «el Bueno», muerta en Pavia á la edad de veintitrés años...

La voz aburrida, indiferente, sigue y sigue platicando incolora, y su misma monotonía aduerme el ánimo del viajero y lo envuelve en un sortilegio de leyenda. Bajo nosotros, desde aquella tierra humilde que huellan nuestros pies, los muertos parecen hablarnos.

La Historia dice que Catalina, la segunda mujer de Juan Galéas, hallándose embarazada manifestó á su marido temores de morir y deseo de que se levantara á su memoria, si esto acaecie-

se, un convento para doce frailes cartujos: y como finase, efectivamente, según lo había previsto, Galéas Visconti apresuróse á cumplir aquella última voluntad, colocando la primera piedra el día 27 de Agosto de 1396 á presencia de Guillermo Centauro, obispo de Pavía, el cual bendijo con gran pompa los cimientos del futuro edificio. Otros comentaristas, mejor informados

gía de su mandíbula, la contextura hercúlea del cuello. Visconti había ordenado que sus restos descansasen en la Cartuja, excepto el corazón, que debía conservarse en la basílica de San Miguel, en Pavía. Hízose todo como él lo dispuso, y cuando transcurridos setenta y dos años de su muerte abrieron su sepulcro antes de llevarlo á su paradero definitivo, todo menos el cráneo y algunos huesos habíase disgregado y reducido á invisible polvo. También subsistían tres objetos que fueron inhumados con el fundador y ahora se exhiben tras una vitrina, y cada uno de ellos parece contener un símbolo: el vaso de tierra esmaltada que llevó siempre consigo para beber, los acicates con que desahogaba su impaciencia, y el mandoble con que daba suelta y serenaba las batalladoras tempestades de su corazón.

Reyes y reinas y hombres famosos —grandes señores de las ciencias y de las artes— pasaron por este monasterio, uno de cuyos salones del piso principal sirvió de cárcel á Francisco I. Apresado éste en los campos de Pavía y conducido á la ciudad, dirigió á su vencedor el marqués de Pescara, las siguientes palabras, humildes y doloridas: «Ruégoos, Marqués, que vos y estos caballeros me hagáis placer de no meterme en Pavía, que sería grande afrenta para mí no haberla podido tomar y meterme en ella preso.» Por cuya súplica le llevaron á la Cartuja; y fué allí, en aquella habitación de muros enjalbegados y con dos pequeñas ventanas á un jardín, donde escribió á su madre, Luisa de Saboya, la célebre carta que empezaba:

«Señora: para conocer todo mi infortunio, sabed que todo se ha perdido menos el honor y la vida...»

Grande, clara, rica, con exceso sobrecargada de mármoles, de vitrajes pasmosos, de bronce y de recuerdos, la Cartuja de Pavía, antes parece un museo ó pinacoteca,

que un lugar consagrado al arrepentimiento y á la oración. Sus artistas la adornaron desusadamente. Dentro de él no experimentamos esa depresión contemplativa que sugieren los monumentos religiosos de los siglos XIV y XV. A pesar de los millares de santos que allí viven, su alma no es mística; los altares, las mismas tumbas, tienen una alegría de belleza; el último cartujo, al marcharse, fué como un aroma desvanecido en el aire y no dejó dolor.

Milán, 1915.

EDUARDO ZAMACOIS



Mausoleo de Giovanni Galeazzo, en la Cartuja de Pavía

quizás, dicen que si Juan Galéas se determinó á fundar un convento y á colmar á los religiosos que habían de habitarlo de riquezas, prerrogativas y beneficios, fué sencillamente para desvanecer algo en vida el recuerdo de sus muchas exacciones y tropelías, y, luego de muerto, tener claustrados que rezando por él le ayudaran á lavarse un poco el alma.

Gran pecador debió de ser, sin duda, y mueren á creerlo así los rasgos capitales de su semblante: su perfil de corsario, la dureza de su mirar, la sensual glotonería de sus labios, la ener-





UN día... un día las campanas de San Telmo, la ermita blanca del valle, no sonaron.

No fué que no tocaran, no; porque los aldeanos del valle no dijeron: «¿Qué pasará hoy por la ermita que no tocan? ¡A buen seguro que el borrachín del campanero se ha dormido ó se entretiene pegando á la mujer!»

Ni por broma dijeron eso; lo que dijeron fué: «¡Qué raro! ¡Parece que las campanas de San Telmo no suenan!»

Y en estas vieron al vejete de la ermita que llegaba á todo correr haciendo con los brazos aspavientos.

—¡No suenan! ¡Que no suenan!— decía el pobre hombre mientras le temblaban las choquezuelas en los zuecos; y juraba no haber catado el mosto desde el sábado al viernes.

Era cosa de brujería nada más: el badajo tocaba al bronce y, sin saber por qué, un zumbar mudo, en vez del bronco son que hacía descubrirse á los aldeanos, un zumbar sordo y grave pasaba aleteando, como sombra de pájaro invisible. Se le advertía sólo en un temblor opaco y silencioso, como debe sentir el son de la campana un sordo ciego.

Fueron cosas de espíritus, según luego se supo. Porque á la misma hora Blanca, la Molinera; Blanca, la blanca y linda moza del molino, la azucena garrida que alegraba á los viejos molineros de la Virgen del Valle, había caído en sueño y nadie podía despertarla.

Nadie, en un mes, osó acercarse de noche por los alrededores del molino; hasta los mozos rodeaban con sus caballerías cuando al volver por los senderos del Hondonar, camino de San Telmo, divisaban la luz de la ventana donde Blanca dormía. Luego ya se arriesgaron algunos, más audaces, ó, tal vez, más curiosos, á llevar las sacas de trigo hasta el molino. Sólo cuando entraban en las habitaciones donde Blanca dormía, miraban, un poco absortos, y bajaban la voz al comentar el caso.

La costumbre quitó medrosidades y llegó á ser el caso un atractivo que acabó por explotar el mismo pueblo.

Los que antes se apartaban, medrosos, con supersticioso respeto, concluyeron por ir de ronda hasta el molino, hasta la ventana misma de Blanca, no fuera caso de que el son de bandurrias ó la voz de algún mozo tocara el corazón de la molinera dormida despertándola al fin.

Coplas la hicieron.

Aquella que decía:

*Molinito que mueles,
su sueño vela;
Blanca, la del molino
duerme y no sueña,*

por ella se inventó y la escuchó el valle muchos años en las noches de luna llena.

Entraban en la alcoba ya, sin temor, por verla sobre el lecho, con la colcha de rameado azul, con dechados de lienzo triguño, y prieto bordado café obscuro; con sus trenzas sobre los hombros; tranquila, como si nada la ocurriera; la color de las mejillas fresca y suave; le respiración acompasada, pero dulce y normal, como si fuera marcando el tiempo que pasaba por aquella juventud del alma en sueños.

Llegó á haber romería.

Todos los años, por el aniversario del suceso, iba el pueblo hasta el molino para dejar sobre la cama de la moza ramos de tomillo atados con lazos de colores.

Según fué perdiéndose la medrosidad, fueron germinando leyendas.

Blanca, era una princesa—decían—dejada en cuido á los dos molineros por un hombre que llegó, justos hacía veinte años, dejando en custodia la criatura para librarla, no se sabía de fijo de qué: De las envidias de nobles, conjurados, ó de celos—quizás—del mismo rey, en sospecha de bastardía.

Ya decían muchos, ahora, que algo debía de haber en la moza, puesto que á todos sonreía, sin que ninguno consiguiera una cita en la ventana; que algún rango debía haber en ella, pues respiraba señorío á pesar de su sencillez; que algún misterio había en su destino, porque ella, tan requiebrada y perseguida, parecía como ausente—dormida ya, quizás, desde su nacimiento—, y como en espera de algo que no llegaba nunca y se ignoraba si habría de llegar alguna vez.

Y, en efecto, algo debía haber en ella, porque un día, un forastero que llegó, caminando por aquellos lugares, sin aparente prisa, contemplándolo todo con ensimismamiento encalmado y tranquilo, pacífico, logró quedar á solas, en contemplación, con la dormida. No se sabe si el oro, si la confianza que en todos ponía el aspecto, sin tacha, del garzón, si alguna de las no pocas magias que anduvieron metidas en la historia, consiguieron que ante ella se encontrara el galán, y, luego de contemplarla un trecho, pensado ó pronunciado, le dijera ferviente:

—«Santa Madonna mía...; Blanca... Blanca María; tú, la del alma quieta y perdida en el sueño entre los hombres, buscándote venía sin saberlo... desde que nací.

»Todo nace para hallar su armonía; todo anhelo del alma es ansia viva de hallar el ser su fin. Todo lleva su ley; y no hay estrella que no sienta atracción de la ley infinita.

»Yo escuché el mandato de mi ser; y cuando pidió amor, corrí el mundo en busca de mujer á quien poder besar sin mentira.

»Algunas me dijeron: «Tengo hambre y sed; dame pan, y me besas».

»Hube de darlas pan sin besarlas.

»Otras me dijeron: «¡No, no, que ya besaste á otras; quiero para mí el beso!»

»Y no besé, porque se me murió en el alma, frío.

»Pídemelo—dijeron otras—. Di palabras que arrullen y desmayen de amor. Di versos de la noche y de las flores, y del ansia infinita que el viento trae.

»Trastórname con músicas de arrullo y, si es que no me quieres tanto, ¡miénteme! Luego me olvidarás, pero ahora dime que tu amor es eterno y llora por mis ojos y jura que es tan grande tu amor que, si te dejo, pensando en mí, de pena, con mi nombre en los labios, morirás...

»Y yo, Blanca María, vengo á tí con el ansia de besar sin mentira.

»Yo nõ sé si te quiero ó no te quiero, pero sí que á tí vengo con ansia de besarte... ¡Besos sin prometer!... Un beso puro, un beso... ¡sólo beso!... Como besé á los niños cuando tuve deseo de besarlos, como besé aquel plumón blanco, cálido y esponjoso de la paloma aquella que tuve entre mis manos; como beso las rosas, hundiendo el rostro en ellas, cuando quiero gozar la fresca y pura, la inocente caricia perfumada de su pulpa carnal, perlada de agua.

»¡Besar!... ¡Besar no más! porque es ello hermosura; porque Dios puso en mi alma este afán, y una fe clara, una videncia clara de que el beso que es beso, puro beso, no profana jamás...

»Y á tí, que no me escuchas; á tí, que no me oirías si mentira dijese; á tí, sin explicar, sin peticiones, sin súplicas, ni cánticos...; á tí...»

Se acercó al lecho, silencioso; le cogió la cabeza entre las manos, contempló su hermosura y besó...: la frente y las mejillas, los ojos y la boca... Besó...

Con trémulo respeto, primero; con ansia, luego, para saciar la sed; jadeante y tranquilo, después; esparciendo los besos con ternura; respirando satisfacción, al fin, como en cansancio y gracias... Y besando, después, sin prisa alguna, besos lentos y largos.

Así quedó, mirándola..., mirándola...; inclinandose luego, fervoroso, para dejar de nuevo un beso tenue, lleno de devoción...

Blanca María, poco á poco, fué abriendo los ojos... Sin moverse, sin hablar, sin sobresalto ni extrañeza, miró á aquel hombre joven, de mirar puro y limpio, que besaba como quien reza... Tuvo la molinera una sonrisa... Volvió á cerrar los ojos, blandamente, diciendo: «Tú, sí, bésame más...» Y sonriendo..., sonriendo..., murió.

Mientras, las campanas de San Telmo del Valle repicaban á gloria.

MANUEL ABRIL

DIBUJO DE BARTOLOZZI

DESDE PARÍS ● EL OPTIMISMO DE ENRIQUE FABRE

ENRIQUE Fabre ha muerto. Allá, en su apartado y humilde retiro de Serignan, esta bella existencia de noventa y dos años apagose, entre el fragor de la hecatombe europea, con la augusta calma de una lámpara votiva olvidada en el misterio de una cripta secular...

¿Sabeis quién fué Enrique Fabre?

Fue un verdadero sabio; un sabio á quien Víctor Hugo llamó, con reverencia, *el Homero de los insectos*; un sabio á quien, respetuoso, Darwin calificó de *observador inimitable*; un sabio que trabajó, silenciosa y obstinadamente, lejos de las Academias, de las Universidades y de los Ministerios; lejos, también, de la vanidad, de la pedantería y de la intriga... Por todo ello, Fabre vivió durante setenta y cinco años ignorado de su patria, fildado de loco por la reata de los sabios *oficiales* y admirado y conocido tan sólo por un centenar de hombres de espíritu superior, que habían leído con fervor y amor—como se lee un breviario—la obra portentosa del naturalista filósofo y poeta.

Maeterlinck, insigne cantor de la *Vida de las abejas*, clamó al fin su indignación ante el abandono en que se hallaba Fabre, y sólo entonces consintió la cohorte gubernamental y administrativa sacudir su apatía y despertar de su ignorancia.

En obsequio al gran preterido se organizó un homenaje tardío, y así fué como, en una buena mañana, Enrique Fabre, mucho más sorprendido que halagado, vió entrarse por las puertas de su casita de Serignan á una hueste de solemnes personajes, entre los cuales se hallaba el propio jefe del Estado.

Condecoraciones, discursos, frases huecas, lugares comunes, abrazos y reverencias; todo hubo de soportarlo Fabre con resignación, aunque para sus adentros no dejara de pensar que aquellos señores «de París» se habían impuesto y le habían impuesto á él, muy inútilmente, una gran molestia.

Al cabo fuéronse los visitantes, creyendo dejar en pos de ellos una inmensa alegría y un inmenso honor; lo que en realidad dejaban era un inmenso desorden, ya que sus manos profanadoras habían tocado, revuelto y trascordado las incomparables colecciones de insectos atesoradas por el sabio durante medio siglo de labor; y á remediar ese desorden aplicábase Fabre, sin pensar ya, ni por asomo, en las triviales norabuenas protocolarias, en tanto que la hueste oficial, emprendiendo el camino de París, imaginaba al buen viejo llorando de agradecimiento y de emoción.

ooo

Este patriarca de la naturaleza estudió la vida de los ínfimos; sus costumbres, sus

pasiones, sus virtudes, sus crímenes... que de todo ello hay en la pequeña y compleja existencia de los insectos...

En el laboratorio de Fabre no hallábamnos, por fortuna, esos hacinamientos de innumerables frascos, dentro de los cuales, y nadando en alcohol ó en formol, guardan los naturalistas todo un pueblo de lamentables seres á quienes los procedimientos, refinadamente crueles, de conservación, prestan una apariencia de vida, de odiosa vida melancólica y siniestra...

En cambio, en las salas de Serignan, sobre largas mesas de roble, cubiertas de zinc, de arena y de hierbas ó ramajes diversos, se alineaban altas campanas de cristal bajo las cuales nacían, crecían, amaban y morían—de tranquila muerte natural—millares de insectos observados en toda hora por la paciente lupa de Fabre.

Tenía el sabio otros diminutos pupilos irreductibles á cautividad: éstos habitaban el jardín, y allí también, tendido sobre el cespced durante

horas y horas, Fabre observaba y estudiaba la vida entomológica, cuyos misterios no hubiéramos sospechado nunca si el *Homero de los insectos* no hubiera escrito, á este propósito, varios admirables libros que reúnen dos cualidades juzgadas incompatibles hasta ahora: la precisión científica y a amenidad poética.

En esos libros, Fabre nos refiere donosamente las pequeñas tragedias vividas por los pequeños animales, y en verdad que no parecen sino exacta copia—ó quizás modelo—de las grandes tragedias vividas en todo tiempo, y especialmente ahora, por los hombres.

En efecto, tal avispa—nos dice Fabre—posee el medio de paralizar á otros insectos, sin empero matarlos, picándoles en lugar de su cuerpo ocupado por determinados gánglios nerviosos. Y esta operación llévala á cabo la citada avispa con habilidad y precisión de cirujano; luego entierra á su víctima, no sin antes haberle introducido su propia larva en el cuerpo vivo del insecto y alimentándose con sus entrañas...

¿No es digna de ser humana esta crueldad previsora?... ¿No son acaso los hombres quienes sacrifican á sus semejantes, á sus hermanos, alegando, para ello, el futuro interés de su prole?...

Entre las hormigas—sigue diciendo Fabre—existe una tribu de hormigas negras formidablemente armadas para la lucha; estas hormigas atacan á sus hermanas, las hormigas rojas débiles é inofensivas, y con objeto de reducir las á servidumbre, comienzan por degollar al mayor número posible, de modo á imponerse por el terror...

¿No os parece estar escuchando el relato de acontecimientos actuales?... En Bélgica y en Polonia, ¿no es así como han procedido las hormigas humanas?

ooo

En tanto que observó tan sólo las crueldades de los insectos, Fabre, que vivió siempre lejos de los hombres, continuó siendo un gran optimista, porque creyó á los hombres buenos... Mas cuando en estos últimos tiempos, merced á su tardía é inútil popularidad, hubo el sabio de conversar con unos y con otros, y pudo darse verdadera cuenta de lo que es y de lo que vale la historia humana de nuestros días, el optimismo del buen viejo desapareció... Fabre murió llorando, y en verdad que no fué por la pérdida de una existencia como la suya, larga, serena, exenta de pasiones y de remordimientos, sino por no poder llevarse á la tumba aquellas sus ilusiones y sus esperanzas que habían envejecido con él y que, como él, eran casi seculares...

Antonio G. DE LINARES

París, Octubre 1915.



ENRIQUE FABRE

Ilustre entomólogo, á quien Víctor Hugo llamó "el Homero de los insectos", y á quien Darwin calificó de "observador inimitable". Enrique Fabre acaba de morir, en su humilde residencia de Serignan, á la edad de noventa y dos años

FOT. CHUSSEAU-FLAVIENS

LA ESFERA

ARTISTAS ESPAÑOLES



El ilustre actor José Tallaví en "El Cardenal", una de sus más notables creaciones
Dibujo de Gamonal



Palacio del conde de Puñonrostro, Duque de la Conquista, Zamora
César Fernández Ardaín

Palacio del conde de Puñonrostro, duque de la Conquista, en Zamora

DIBUJO DE CÉSAR FERNÁNDEZ ARDAÍN

Las horas en los palacios

Van las horas al correr
en las plazas castellanas,
haciéndolas parecer
más nobles ó más villanas...

Porque las horas pasando
como sobre el corazón,
al pasar, pasan dejando
diferente sensación...

Golondrina es la mañana...
Media tarde, soledad...
El crepúsculo, campana...
Y la noche, eternidad...

Y el tiempo corriendo deja
sobre el alma sensitiva,
un recuerdo que se aleja,
una llama menos viva...

Es por eso cada hora
en este largo tormento,
como una estrella que llora
un momento...

HORA PRIMERA

(La mañana)

En estos muros de la alliva traza
tallaban sus escudos altaneros,
monjes, cruzados, reyes y guerreros,
con un orgullo de elegida raza...

Mientras, los artesanos, en la plaza,
—alfayates, pastores, alfareros,
pisadores de mosto, almazareros—
iban, villanos, á ganar su hogaza...

Y en las tinajas del zaguán angosto,
sudor villano y púrpura de mosto
cataban los hidalgos de cimera...

¡Oh, nobles siglos de nuestra hidalguía!
¡Fuisteis hidalgos por la villanía
de aquel sudor que el artesano os diera!...

HORA SEGUNDA

(Media tarde)

Estos viejos palacios de Castilla,
como los viejos castellanos, duros,
se tiñen de una luz que es en los muros,
lo mismo que en los muertos, amarilla...

Por la breve esquinada ventanilla,
inquiriendo los cielos inseguros,
asomaba una faz de ojos oscuros
recortada en la nítida golilla...

El hombre del balcón, de Garcilaso,
dando un suspiro, contemplaba el paso
de Lorenzo Gracián entristecido...

Rió Guzmán en la plazuela vieja...
Y saliendo una alondra de una reja,
hizo, al volar, un silencioso ruido...

HORA TERCERA

(Crepúsculo)

¡Oh, lampadario que en el muro viejo,
sobre la imagen despintada y rota
has llorado el aceite gota á gota,
agonizando en último reflejo!...

¡Aceite de ánimas!... ¡Viejas en pellejo!...
Temblosa ciudad parda y devota...
Viento serrano que en el muro azota...
¡Murciélagos!... ¡Crepúsculo bermejo!...

En los palacios cierran las ventanas...
Sollozan en las torres las campanas...
Y el Greco muere en su ciudad querida...

¿Qué sentirán los niños á esta hora
en la que el Tajo conmovido llora,
si no es el miedo de vivir la vida?...

HORA CUARTA

(La noche)

Estos, del llano, místicos casones,
llenos de escudos y talladas cruces,
se iluminan con unas raras luces
de luna entre siniestros nubarrones...

De las paneras y los torreones
salen brujas tapadas con capuces...
¡Noches de los bandidos andaluces
y los avaros de pavor temblones!...

La helada brilla en el severo llano...
La eternidad con su gigante mano
prende luceros en la curva inmensa...

Y esta es la hora en que el insomne, acaso,
piensa en la vida como en un fracaso,
y en la victoria de la muerte piensa...

Luis FERNÁNDEZ ARDAÍN



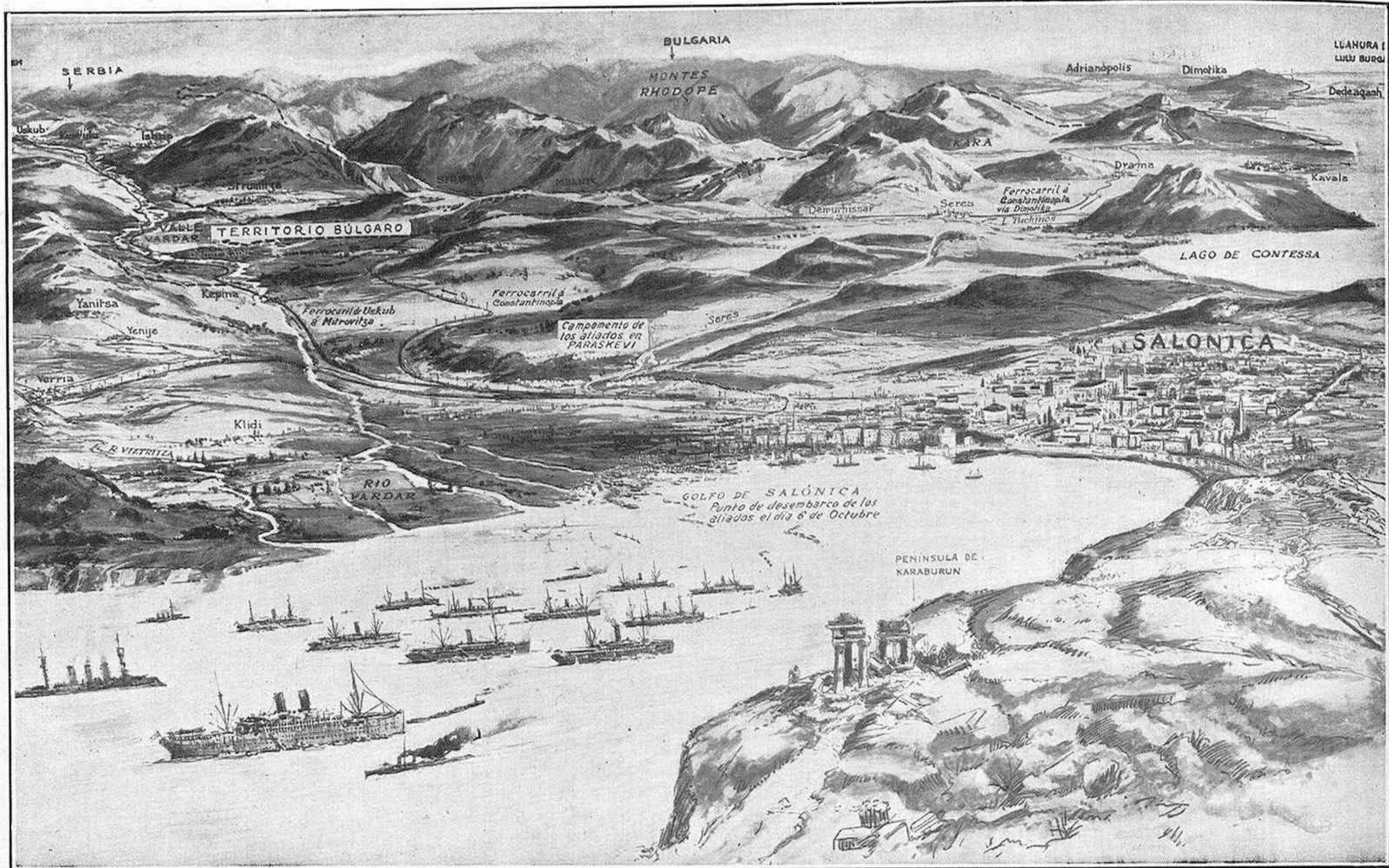
LA GRAN RETIRADA DE POLONIA



Labradores polacos y lituanos huyendo ante el avance alemán, mientras el Ejército ruso, en retirada, incendia los pueblos y las cosechas para dificultar los abastecimientos de los invasores
 Dibujo de C. Clark

BIENE DE
BIBLIOTECA

ECOS DE LA GUERRA ❖ LA RUTA DE CONSTANTINOPLA



Desembarco de las fuerzas aliadas en Salónica el día 6 de Octubre y gráfico demostrativo de la importancia estratégica de la operación, destinada á impedir el paso de los austro-alemanes á Constantinopla

SERVIA se resiste airada, aguardando inútilmente la acción auxiliar de sus poderosas aliadas; combate con heroica bizarría en tres frentes y se atrinchera en sus abruptas montañas para castigar á los victoriosos invasores que ponen en peligro su independencia, á costa de tanta sangre sostenida bravamente.

Los desastres continuados de los moscovitas, la inacción perenne de los italianos, efecto sin duda alguna de lo accidentado de su teatro de operaciones, los sucesivos descalabros de la loca aventura de los Dardanelos, la quietud del frente occidental, solo conmovida para un parcial ataque en los laberínticos atrincheramientos de la Champaña, han marcado la indecisión de Grecia y Rumanía y la intromisión en el conflicto de las huestes búlgaras. Grecia cede impasible su puerto de Salónica, conquistado bravamente en la primera guerra balcánica, para que los aliados hagan de él base eventual de operaciones, en su justo afán de socorrer á la débil Servia del formidable ataque que amenaza su vitalidad.

Tardío va á ser el socorro, ineficaz el auxilio; fueron más previsores los del opuesto bando y en su triple ataque avanzaron, más que para arrollar á los servios heroicos y abnegados, para adueñarse de la gran arteria, que es vía estratégica hacia Constantinopla. Así se unirán por tierra los cuatro ejércitos y las cuatro naciones y quedarán por dominadores del continente ya que en los mares lo seguirán siendo sus rivales.

La previsión es triunfo, y en esta ocasión fué torpeza, de la que ellos mismos se culpan encubiertamente, no prever esta invasión y no alentar con diplomáticas ofertas y con ejemplos de actividad guerrera, á los indecisos pueblos balcánicos, que tarde ó temprano tienen que ser actores de la lucha. La aventura de Gallípoli, con la finalidad manifiesta de descongestionar el Canal de Suez,

evitando la reinvasión de Palestina y Egipto y dejando libre el camino de la India, fué causa tal vez, de esta imprevisión de los aliados, que por otra parte no tuvieron nunca, infortunadamente para ellos, cuidado de directiva en el alto mando. Cada ejército, cada país, formuló su plan con independencia absoluta, con completa autonomía bélica, ligándose tan solo por el compromiso de no pedir la paz aisladamente; mientras que los imperios centrales, más previsores en cuestiones marciales, sujetaron su acción á las decisiones del alto mando germano, y buena prueba de ello es que mientras no se realizó este ideal, Austria sufrió sin poderlo contrarrestar, el empuje brioso de las aguerridas huestes del Zar Nicolás, que por los desfiladeros nevados de los abruptos Cárpato asomaron un día á las fértiles llanuras de Hungría.

Y si los aliados llegan tardíamente á impedir

el plan de Alemania, se verán precisados á soltar la dura presa de los Dardanelos y dejar en libertad de acción al crecido ejército otomano que de Gallípoli á Bulair les contiene en su difícil avance, y bien pronto estas fuerzas dirigidas por el genio militar de los germanos buscarán el objetivo apetecido del canal que romiera un istmo para enlazar dos mares.

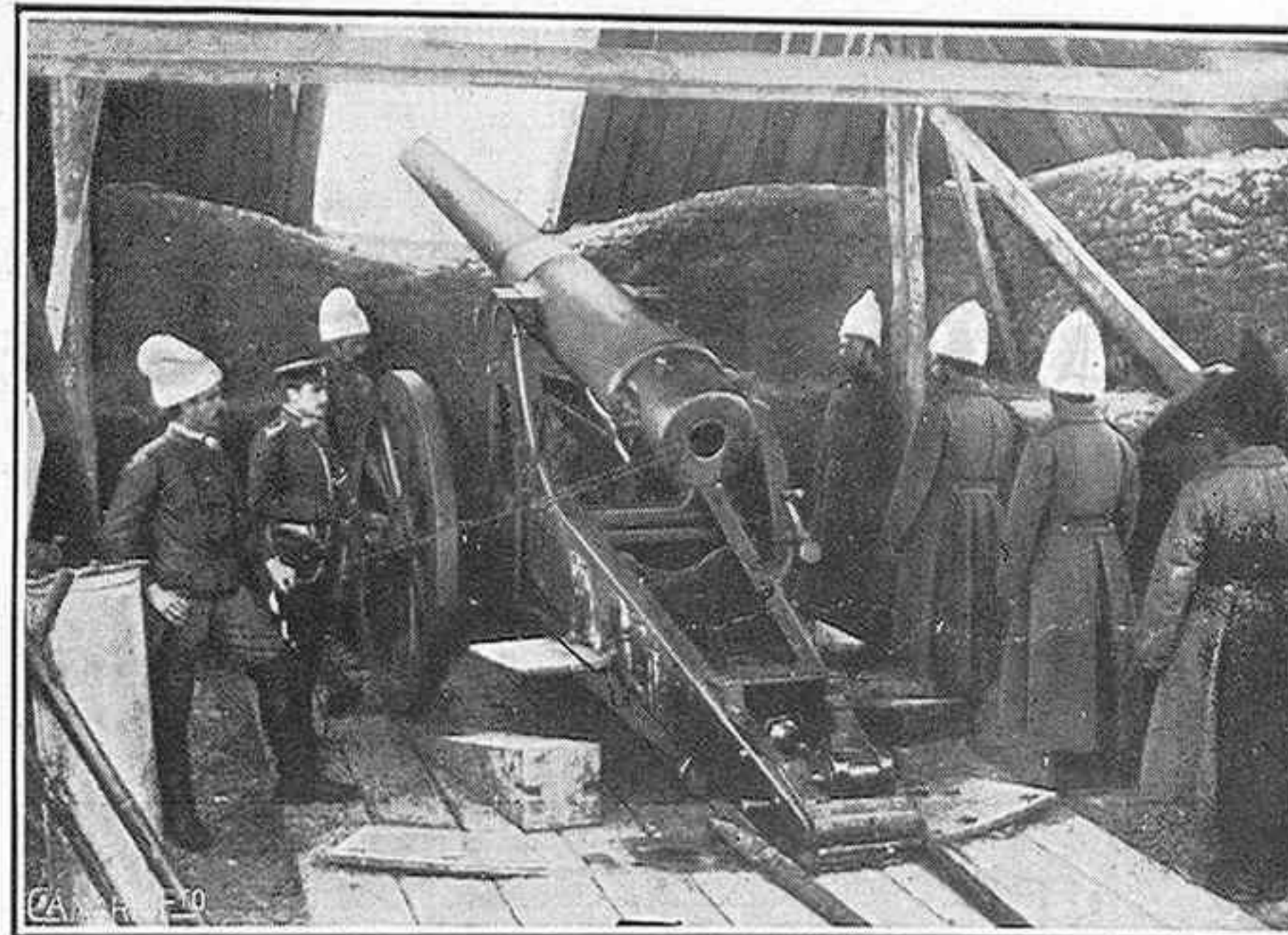
Inglaterra, y con ella sus aliados, sigue siendo dueña y señora de los mares, hecho que en las viejas guerras entre pueblos grandes, daba siempre la victoria decisiva; pero que en la actualidad no puede asegurarla tan rotundamente, si bien siempre será un factor importantísimo.

El pesimismo ha hecho nido en la prensa inglesa y aun en la francesa, que estima como un mal paso el desacierto y la imprevisión de que Servia será la primera víctima.

La política de la Cuádruple Entente carece de la solidez precisa, del enlace necesario para esta parte de la aventura sangrienta.

El refuerzo por Salónica no bastaría, y para castigar la audacia búlgara precisarán los franco-ingleses atravesar Rumanía por la Dohudja, como Grecia por el curso del Vardar, si es que los rumanos consienten impasibles este forzamiento de su neutralidad, ó no se deciden antes á auxiliar con sus apreciables fuerzas la acción con la que tanto simpatizaron desde los comienzos de la contienda.

Servia, el pueblo heroico, el pueblo abnegado, la nación guerrera y valiente, sufre con bizarría desesperada la presión de los grandes ejércitos que la invaden y no ve llegar á tiempo los auxilios que precisa y que sus aliadas le brindan para evitar su aniquilamiento. ¡Lucha de vida, á muerte!



Artillería búlgara en acción FOTS. CH-FLAVIENS

CAPITÁN FONTIBRE

LA ESFERA

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

UN TERCERO EN DISCORDIA

Dibujo de Comba

MIRANDO AL PASADO
ALGARADA MONACAL

CORRIENDO el año de 1560, ejercía el cargo de Abad en el famoso Monasterio de Santa María de Montserrat, un noble y excelente varón, Fr. Andrés de Yutriago, el mismo que un cuarto de siglo más tarde y al acordarse que las Abadías fuesen cuatrienales, volvía á ser elegido en el capítulo general celebrado en la casa de Sahagún.

Los monjes catalanes, indignados porque con marcada frecuencia recaía la prelación en un castellano, trataron de negar su obediencia por medio de una algarada ó sublevación, como efectivamente se llevó á cabo á fines del precitado año de 1560. Reunidos los monjes catalanes, tomaron la cruz, entonaron la salve, abandonaron el Monasterio y alumbrándose con velas siguieron el camino de Barcelona.

No era este convento el mismo que vemos hoy en la típica montaña, puesto que la primera piedra del actual se colocó á 14 de Septiembre de 1755. La imagen sí es la misma que allí apareció setecientos once años antes y cuyo traslado á la nueva Basílica se verificó en 11 de Julio de 1599, estando presente el Rey Felipe III.

Los aldeanos de los caseríos y de los pueblos que hay á la orilla del Llobregat, acompañaron á los frailes y les ofrecieron sus cabalgaduras, que aquéllos no quisieron admitir. La comunidad de beneficiados de Esparraguera les recibió en su iglesia parroquial y también se unió á ellos.

La Ciudad Condal abrió sus puertas á la manifestación presidida por muchos alcaldes de los pueblos del tránsito, y elogió francamente tal determinación. Ello dió motivo para que las gentes más resueltas de aquellos contornos se reuniesen y fuesen al Monasterio á apresar á los castellanos, quienes estuvieron á punto de perder la vida, á no ser por la intervención de las autoridades, que ampararon á los monjes y los trasladaron á Ripoll, esperando la resolución de Felipe IV, quien los hizo volver á la montaña, dando cuenta de los sucesos al Papa Gregorio XIII, el cual confirió la causa á Benito de Toco, obispo de Lérida y copero del Emperador Carlos Máximo.

Nuevamente alborotados, los catalanes expulsaron á los castellanos, viéndose éstos precisados á venir á Madrid, donde el prudente monarca Felipe IV mandó á su primer ministro D. Gaspar de Guzmán (el célebre Conde-duque de Olivares), que les buscara alojamiento donde vivir monásticamente.

Les fué designada la quinta del Condestable de Castilla, junto al Arroyo Abroñigal, y en ella establecieron la iglesia dedicada á Nuestra Señora de Montserrat. Como el sitio era insalubre, solicitaron la mudanza al interior de la población y se eligió el paraje que se extendía en las inmediaciones del portillo de Santo Domingo, hacia el convento de Santa Clara, ya cerca de la puerta de Fuencarral. En aquella santa casa cuya iglesia quedó sin terminar, estaba el hermoso crucifijo de Alonso Cano, á la cual efigie tenía gran devoción el valisoletano literato D. Luis de Salazar y Castro, que más tarde fué depositado en la capilla de San Ildefonso, juntamente con el arzobispo de Palmira. Los marqueses de Guerra tenían allí el patronato de la capilla de San Millán con una pintura meritisima que regalara los duques de Monteleón. Cumpliendo una memoria, todos los días al anochecer clamaban las campanas convidando á una salmodia, como lo hacía el reloj de San Plácido, que al dar la hora difundía sus sonos funerarios.

Y érase todo ello en la calle de los Convalecientes, más arriba del café-teatro del Recreo donde actuaban Trinidad Vedia, Vallés, Luján y Riquelme; en la casona convertida en hospital por Sor Patrocinio y hecha luego cárcel de mujeres; en la diestra esquina de la calle de Quiñones sobre la que el arte de Pedro Ribera quedó prendido en una famosa torre de puro estilo churrigueresco, que todavía es gala del barrio de Amaniel, barrio de tradición y de leyenda que en el mismo sitio donde estuvo el manantial de Matobos alzó la fontana de doce caños que aún perdura en las canciones infantiles, y cuyas ricas aguas del Lozoya subían á beber los estudiantes de la Universidad Central y los guardias alabarderos, que tenían su cuartel en la misma calle Ancha de San Bernardo, esquina á la de la Flor Baja.

ANTONIO VELASCO ZAZO



Fachada y torre de la iglesia de Montserrat, en la calle de San Bernardo, de Madrid
 FOT. LACOSTE

EL ULTIMO "RAID" DE LOS AVIADORES FRANCO-INGLESES



El muelle de mercancías de una estación alemana, incendiado por el bombardeo de los aviones franceses é ingleses durante el reciente "raid"

Como acción preparatoria de la gran batalla de la Champaña, desarrollada con motivo del avance franco-inglés, recientemente intentado con gran pérdida de hombres por los beligerantes y sin resultados apreciables, el cuerpo de aviadores francés y británico, que tan magníficos servicios viene prestando desde que se inauguró la campaña, realizó atrevidísimo *raid* sobre las líneas férreas alemanas. Tenía éste, por principal objeto, impedir la concentración y traslado de fuerzas y de material de guerra desde las poblaciones ocupadas por el ejército germánico en territorio francés y belga.

Aunque el Estado Mayor alemán ha procurado, como es natural, quitar importancia á la ope-

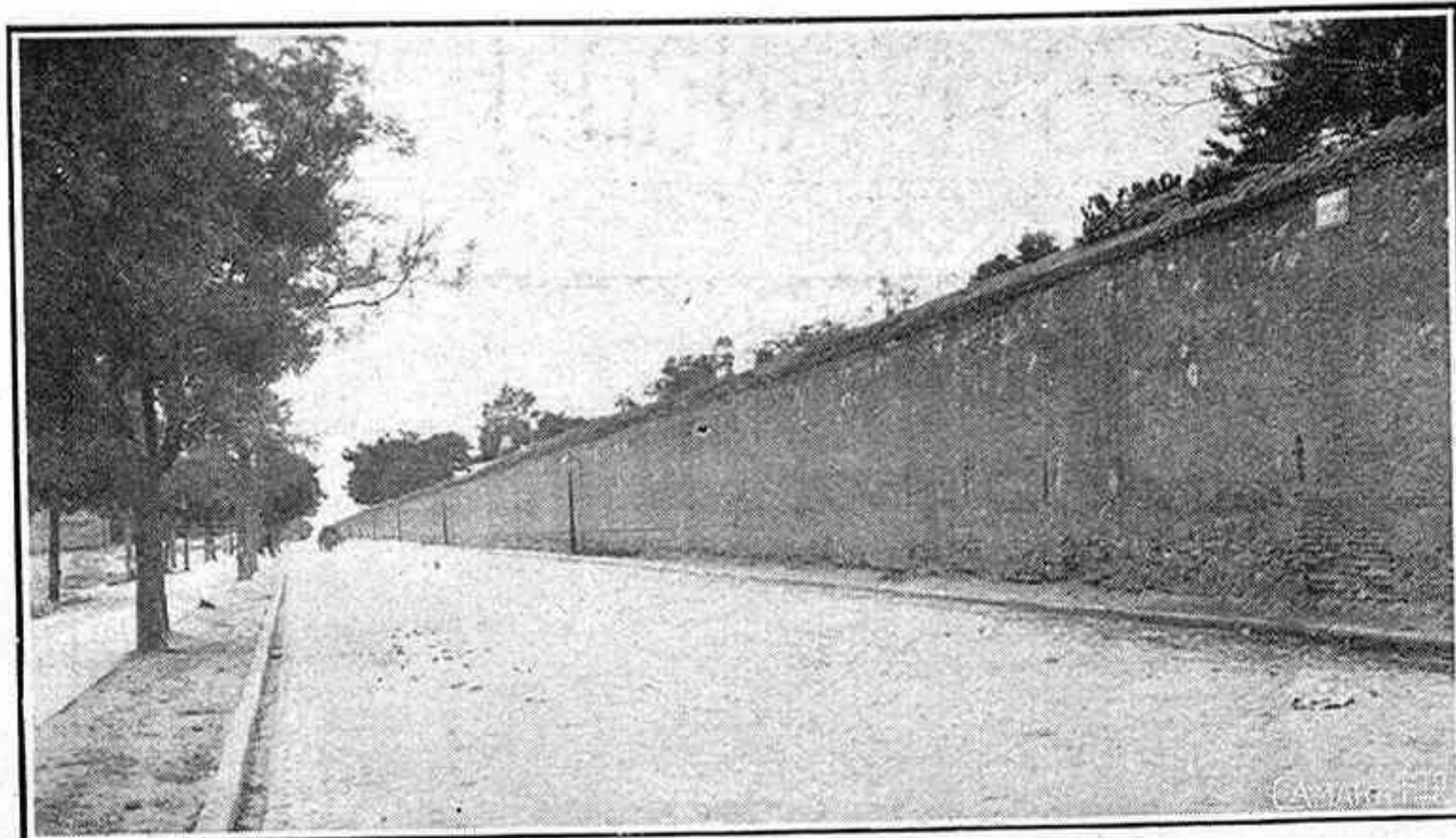


Terrible aspecto de una estación alemana á los pocos momentos de caer las primeras bombas de los aviones franco-ingleses

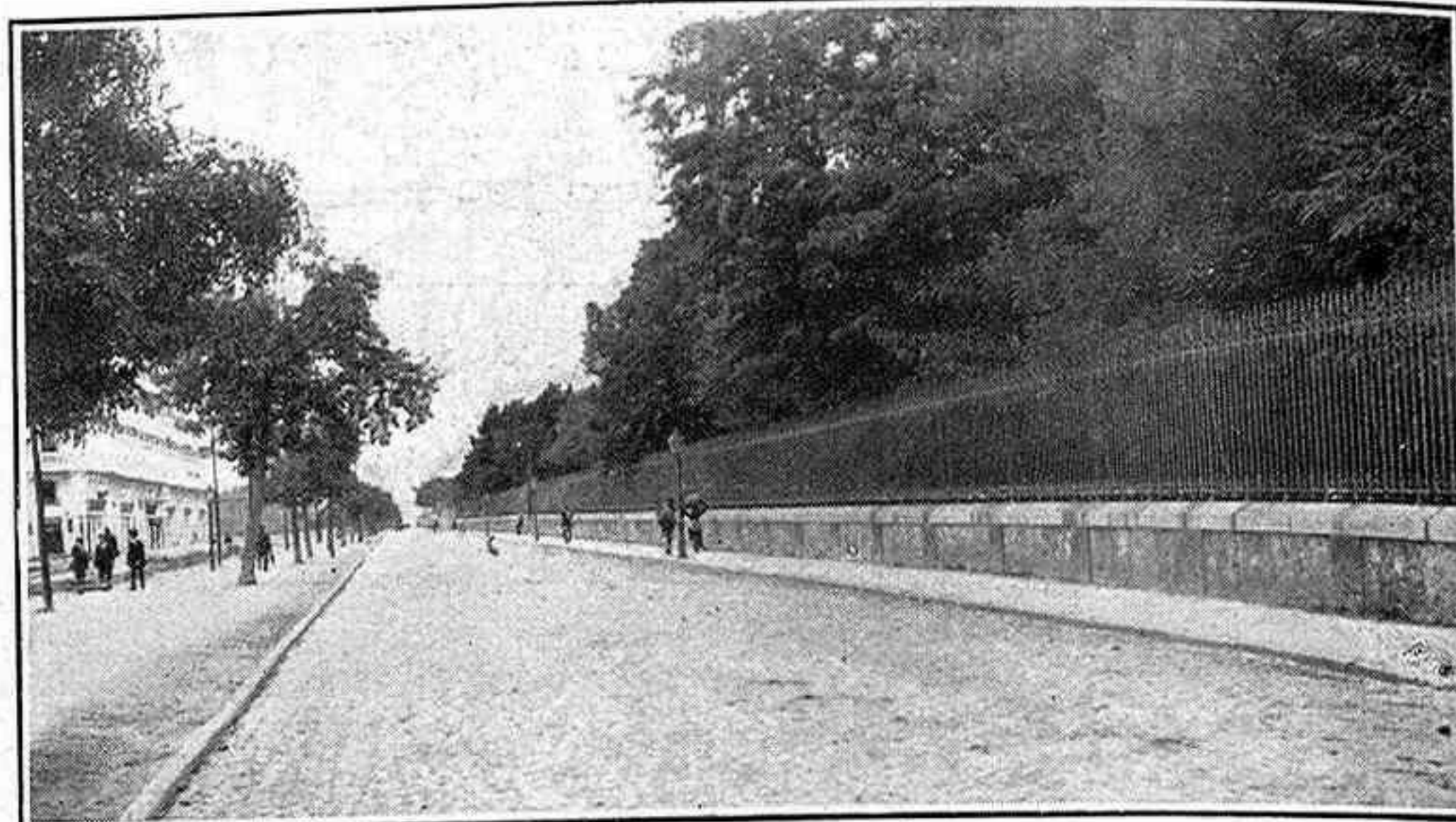
FOTS. HUGELMANN

ración de sus adversarios, sin duda —y lo demuestran las presentes fotografías— los daños materiales ocasionados por el bombardeo de los *aviones* debieron ser importantísimos. Grandes cantidades de municiones de boca y guerra depositadas en las estaciones de la red, quedaron destruidas por las llamas, inutilizándose la vía en numerosos puntos del recorrido. A esta osada correría aérea se debieron, sin duda alguna, las primeras ventajas logradas por los soldados de Joffre y French, quienes, aun á costa de pérdidas considerables, lograron reconquistar algunas de las posiciones de Champaña y la línea fronteriza belga, á las que los alemanes no pudieron enviar rápidamente refuerzos.





Las tapias del Retiro en la Ronda de Valenc'a



La nueva verja del Retiro

LAS TAPIAS DEL RETIRO

Harto breve es lo que resta ya de ellas, y aun esa brevedad está condenada á una pronta y total desaparición. La vieja ronda de Vallecás, se convierte, como todas sus compañeras, en elegante rambla y aquella parte del antiguo Real Sitio del Buen Retiro, que forma la linde oriental de ese parque admirable, se dispone á dejarse ver por los transeuntes á través de una verja como la que ya cierra la mayor parte del jardín frondoso y delicioso.

La verja es democrática, demasiado democrática. Significa que una posesión no es sólo para sus dueños ó usufructuarios, si no que todo el que pasa tiene derecho á ver sus árboles y sus flores. En una finca privada, es sin duda preferible, para los amos se entiende, la tapia que esconde toda intimidad y marca el privilegio de los de dentro sobre los de fuera. ¡Son además tan bellos esos muros vestidos de hiedra, y por los que se desbordan los jazmines, las madresevas y los rosales trepadores! Pero en un parque público la verja ya tiene más razón de ser. Todo el mundo tiene derecho á pasearse bajo de aquellas alamedas, todo el mundo debe poder, por lo tanto, verlos desde fuera, ya que está roto el encanto de su recogimiento.

Las tapias del Retiro quedan limitando solamente la parte última del espacio reservado á las personas reales, después de haberse permitido la entrada al público en el resto de los jardines. Por el mismo trazado que sigue el paseo de coches que ideó el duque de Fernán Núñez, corría antiguamente el canal del Mallo que remataba en la isleta de San Antonio, donde se hallaba la famosa fábrica de porcelana china, destruída en 1812 por nuestros queridos amigos y aliados los ingleses. El emplazamiento que ocupaba corresponde actualmente á la plaza del Ángel Caído. Del canal hacia el campo estaban el Cazadero de liebres y Atarazanas. Pero todo aquel espacio de la regia posesión, comprendido desde lo que es ahora calle de O'Donnell hasta el final del campo de las Encinas tiene muy poco que recordar de los días del fundador, el Rey galante D. Felipe, y conserva el sello que hubo de imprimirle en su reforma la deseada majestad de D. Fernando VII, que las co-

menzó en 1815, y las fué continuando durante su reinado. El aspecto de esa parte del Retiro tiene ya un interés histórico y documental. Las últimas mejoras decorativas que se hicieron fueron ya en la época en que el romanticismo comenzaba, y he aquí por tanto lo curioso del Retiro romántico, diferente del que pudiéramos llamar el Buen Retiro clásico.

Una curiosidad enorme despertó entre los madrileños la erección de la Montaña artificial ó Montaña rusa, que de ambos modos fué denominada. Llegaron á suponérsela fines guerreros y de alta estrategia. Como un verdadero parto de los montes preocupaba lo que había de salir de aquel promontorio levantado en un ángulo del Retiro, dominando el camino de Vicálvaro, y á poca distancia la carretera de Aragón, que había sido paseo concurrido en los días fernandinos hasta que al amable monarca se le ocurrió poner en medio de ella y en una jaula la cabeza de Richard, con lo que horrorizadas las gentes, abandonaron aquel lugar, dejándolo de nuevo al forzoso paso de viandantes y arrieros, carromatos y galeras.

La Montaña artificial era un tributo á lo maravilloso. Dentro de ella había una gruta encantada en cuyo centro pendía una estalactita enorme. Por fuera, en la cumbre construíase un templete mirador, que por su forma fué bien pronto bautizado con el remoquete de «la escribanía».

El siglo XVIII había legado cierta afición á las

cosas orientales. Además, el gusto francés del tiempo de Luis XVI, dejó también la moda pastoril y campesina. Estos resabios, recogidos por el romanticismo cuyos son aspectos lo mismo que el caballeresco, tuvieron su representación en el nuevo adorno del Retiro. La casa del Pobre, ahora por cierto abierta nuevamente al público, parece un vestigio rousseauiano, oculta bajo la fronda en las vecindades del estanque grande, la casa de vacas, y la fuente de la Salud. Más elegante y graciosa la casa del Pescador, se alza con sus caprichosas torrecillas y su decoración pompeyana, en una linda vía bajo la Montaña artificial. Y más allá, dedicada actualmente á las aguas oxigenadas, la casa del Contrabandista, la más española no sólo por su nombre sino por su traza.

Posterior á estas, pero respondiendo al mismo criterio de ornamentación, era la casa Rústica ó Pérsica, suntuosamente decorada por dentro á la manera de Oriente. En ella establecióse luego una fonda y café, y aunque era la más moderna de las construcciones de esta índole que había en el Parque, es la única que ya no existe, habiendo desaparecido hace unos veinte años. Al mismo prurito oriental pertenece la fuente egipcia, que los chicos llaman de la Tripona, y se halla presidiendo la orilla meridional del gran estanque también arreglado en tiempo de Fernando VII, quien hizo el embarcadero que hemos llegado á conocer, y en el cual se guardaba la

falúa real, semejante á las de la Granja y Aranjuez, y más de una vez utilizada en su tiempo por los augustos tripulantes.

Con el aspecto campesino y el aspecto oriental muéstrase sobre todo el patético y caballeresco en la escuela de los románticos. Y ellos encontraron en el Retiro, los temas de ritual para sus leyendas y poemas. Las ruinas de un templo gótico y un castillo medioeval. Las primeras, inmediatas á la montaña artificial, y cerca de las cuales se han colocado hace unos años otros restos auténticos. Los de una bella iglesia románica, traídos de Avila, colocados primero en el jardín del museo arqueológico, y trasladados por fin á ese sitio del Retiro.

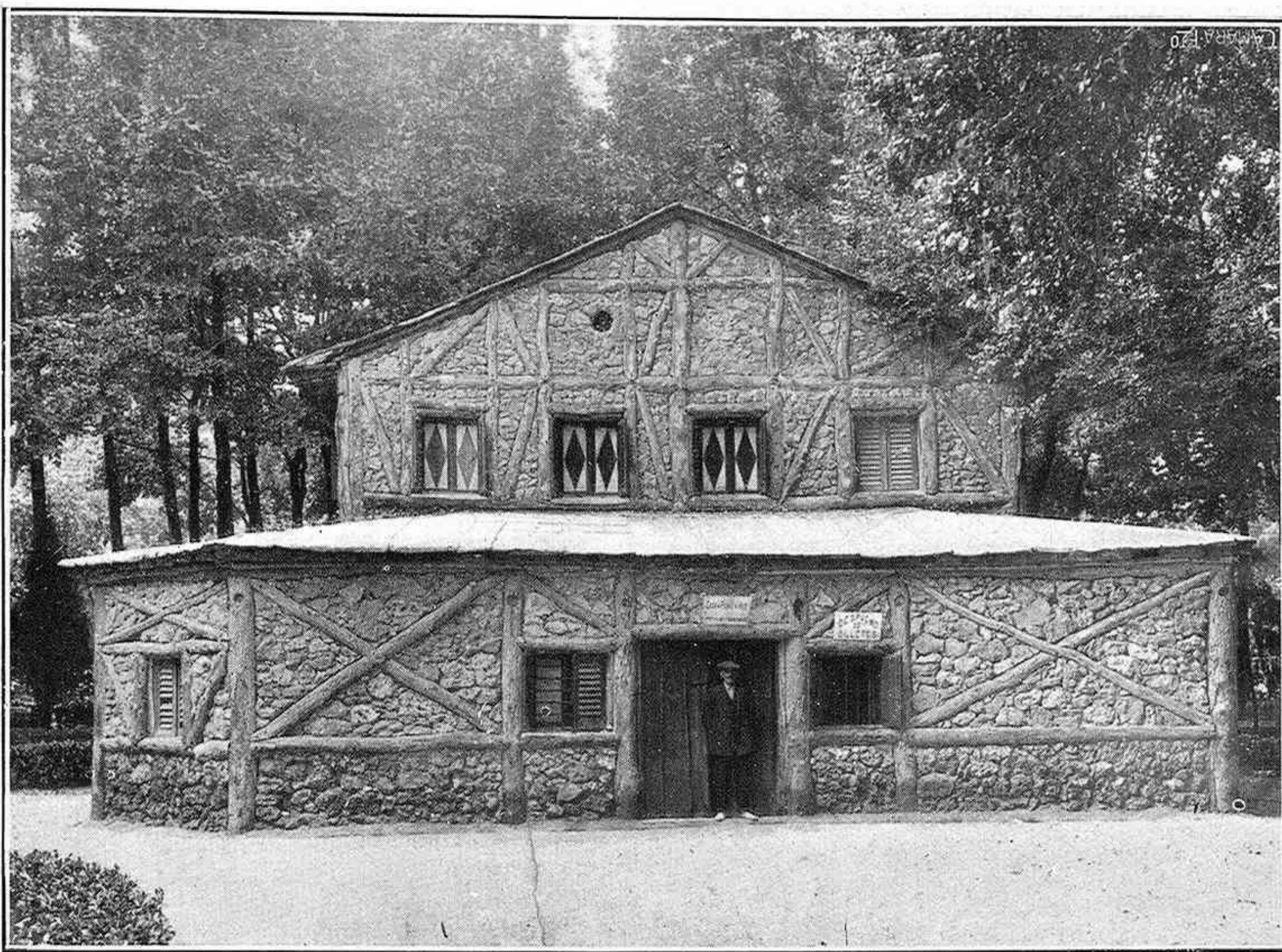
Cerca del baño del elefante, conservase el castillo ro-



La montaña artificial, en el Retiro

mántico. Sus puertas y ventanas, con un remedo ojival, y flanqueado por cuatro torreones almenados. Con un poco de ilusión los lectores de Walter Scott llegarían encantados ante sus muros entre el bosque. Un ligero esfuerzo imaginativo bastaba para vivir toda suerte de leyendas en aquellos parajes tan bien dispuestos al efecto.

Y he aquí que en plena época romántica, el 12 de Septiembre de 1857, aquella parte del Retiro tuvo una importancia histórica, y por algunos momentos pudo desearse que hubiese allí una fortaleza de verdad. Esas tapias del Retiro que miran á la cañada del Abroñigal tuvieron un valor militar, como para justificar las aspilleras con que se abren de trecho en trecho esas débiles murallas. Aquel día el ejército de D. Carlos, que había salido de Arganda la víspera, presentóse por aquella parte á la vista de Madrid, ocupando el campo de Moratalá, presentando varias columnas cuyo fin se ocul-



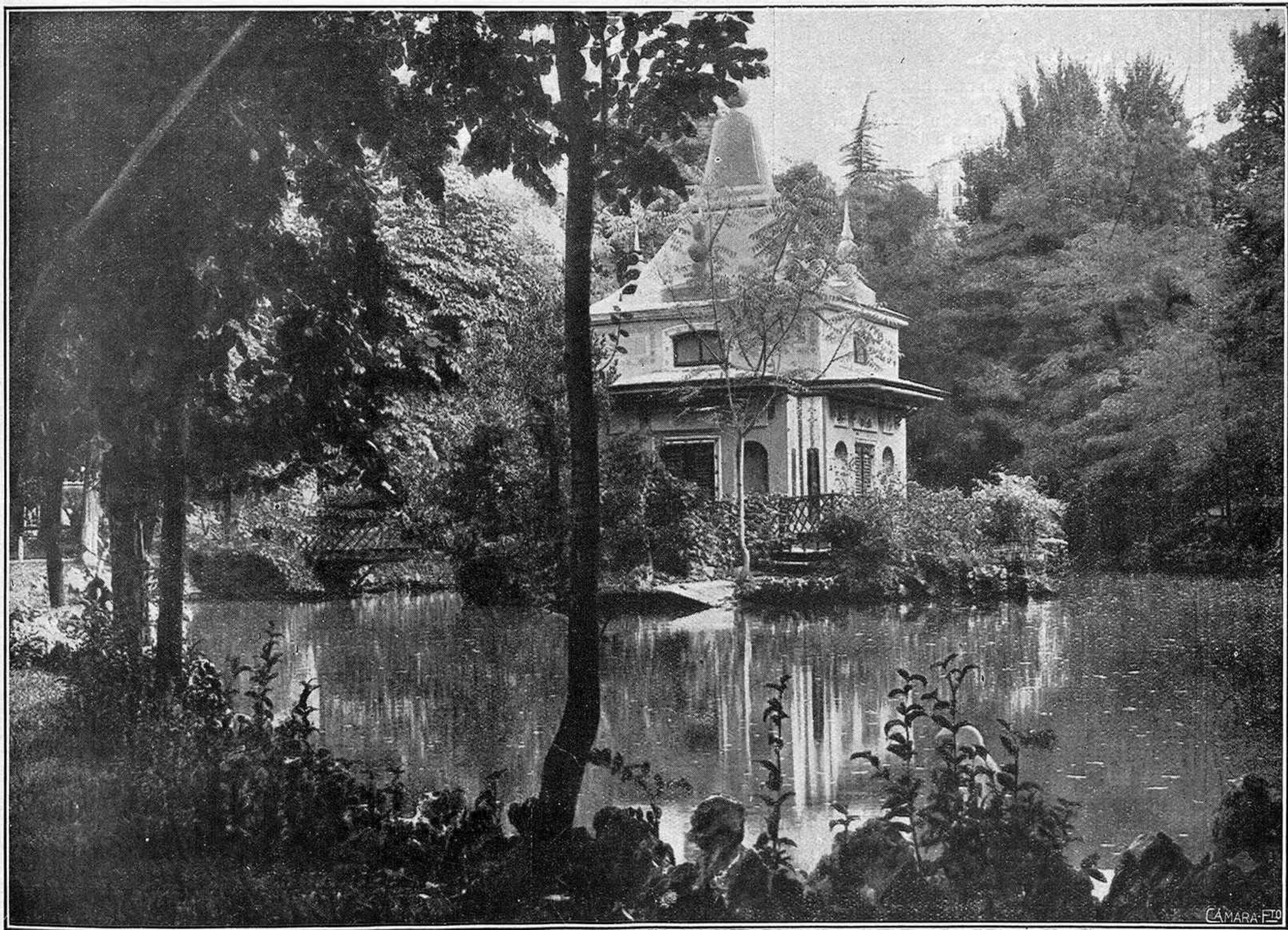
La Casa del Pobre, en el Retiro

taba en el camino de Vallecas, y delante de las que un par de batallones desplegados en guerrilla firoteaban desde las inmediaciones del arroyo.

Fué una tremenda fecha de angustia aquella en que el ejército carlista se presentó ante las tapias del Retiro. Sin embargo, y este es un misterio que quedó y permanece sin aclarar en la historia, á pesar de que la capital se hallaba desguarnecida é indefensa, y no hubiese podido oponer resistencia seria, ello fué el caso que el ejército carlino se retiró y si en tal ocasión no entró en Madrid, fué realmente porque quiso.

Y desde aquel apuro épico, las pobres tapias del Retiro han sido, hasta que el aumento de la ciudad lleva por allí una renovación de vida, el lugar para algunos desafíos más ó menos graves y el sitio que se repartía con el Ca-

nal la preferencia de los suicidas. Ahora esperan ellas también su muerte resignadas.—PEDRO DE REPIDE



Casa y estanque del Pescador, en el Retiro

FOTS. SALAZAR





LAS ROCAS

A sentarme en las rocas de la playa
vengo todos los días.

Las rocas no están muertas; guardan
un ánima cautiva.
No son informes; muestran una forma,
cuándo acusada, cuándo ambigua.

En veces, son platónico arquetipo,
silueta incorruptible y lírica
de las cosas de fortaleza
y de los seres de energía.
En veces, el contorno es mudo
como libro sagrado en cifra,
hermético para el indiferente,
todo luz para el que se inicia.
(Así lo dicen los poetas.
Debe de ser cosa sabida.)

La roca no es inerte;
vive una vida mística
de mágicos coloquios
y afinidades íntimas
con las orbes sin número
que el firmamento habitan.
Y al vibrar de la estrella más lejana
hay en la roca una emoción melliza.
(Tal aseguran los astrólogos.
Debe de ser cosa sabida.)

El fuego sideral, en las entrañas
de las rocas anida.
El ardor de los soles
está preso en la chispa
del pedernal. El alma de la roca
es de substancia ígnea.
(Esto sostienen los geólogos.
Debe de ser cosa sabida.)

Antes que el primer hombre,
el estupefacto adanida,
rogase de la dura roca
el cobijo de su yacija,
el hacha para su defensa
y la lumbré que vivifica,
era la matriz de la roca
de la historia humana ya encinta.
(Y, pues lo creen los arqueólogos,
debe de ser cosa sabida.)



Allí era el canto del hondero,
el dolmen del druida,
el instrumento del amor
y el instrumento de la ira,
y los ídolos chavacanos,
y los dioses de faz benigna,
y los graderíos del ágora,
y las máscaras de Talía,
y el trono de los emperadores,
y el escabel de los sibilas,
y la piedra angular de Pedro,
y la clave con que culmina,
y la losa de los sepulcros,
y el hogar para las familias,
y la rueda de los molinos,
y el cánon de la estatua antigua,
y la almena, y la barbacana,
y la torre, el claustro y la ojiva,
y la dura ley de barbarie
y la suave palabra bíblica.
(Aunque no lo dijieran los sabios
ni los poetas, ¿quién no lo adivina?)

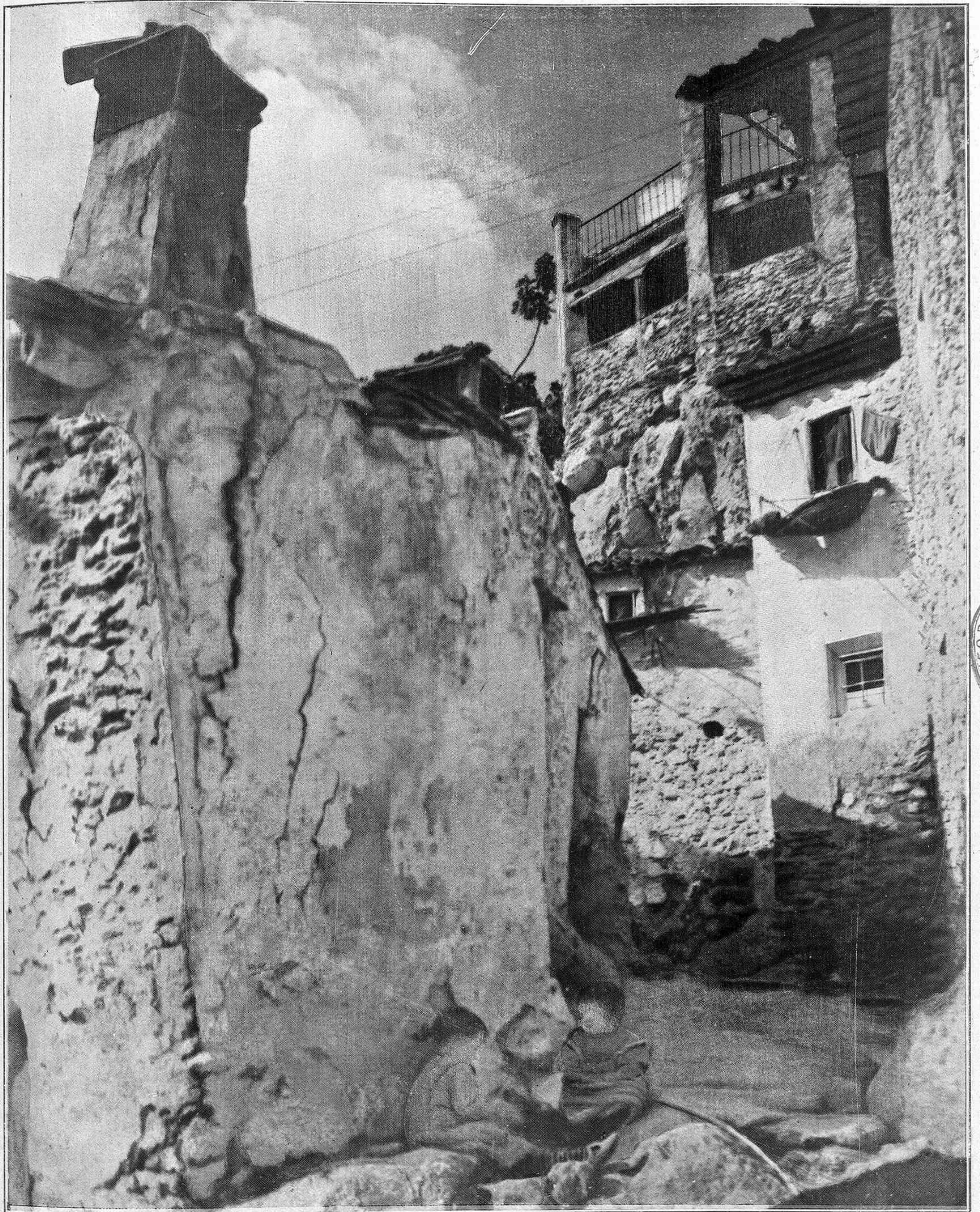
Entre las rocas de la playa hay una
más eminente, más altiva.
Cuando el mar, como prole de un patriarca,
sus ondas multiplica,
el arenal se cubre
y el roquedal se abisma.
Pero, la cumbre de esta peña asoma
sobre las aguas, á manera de isla.
Es rotunda, pelada y está llena
de circunvoluciones y rendijas.
Es un cráneo ciclópeo. Es una mente
formidable y granítica.
Es una intuición terrible,
oculta tras el duro enigma.
Es la testa de Penseroso
en la gris tumba laurentina.
Pero una testa agigantada,
más reconcentrada y esquiva.

A sentarme en la cumbre de esta roca
vengo todos los días,
como el buho en el hombro de Atenéa,
diosa de la sabiduría.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

DIBUJO DE A. VIVANCO

LA ESFERA
RINCONES DE ESPAÑA

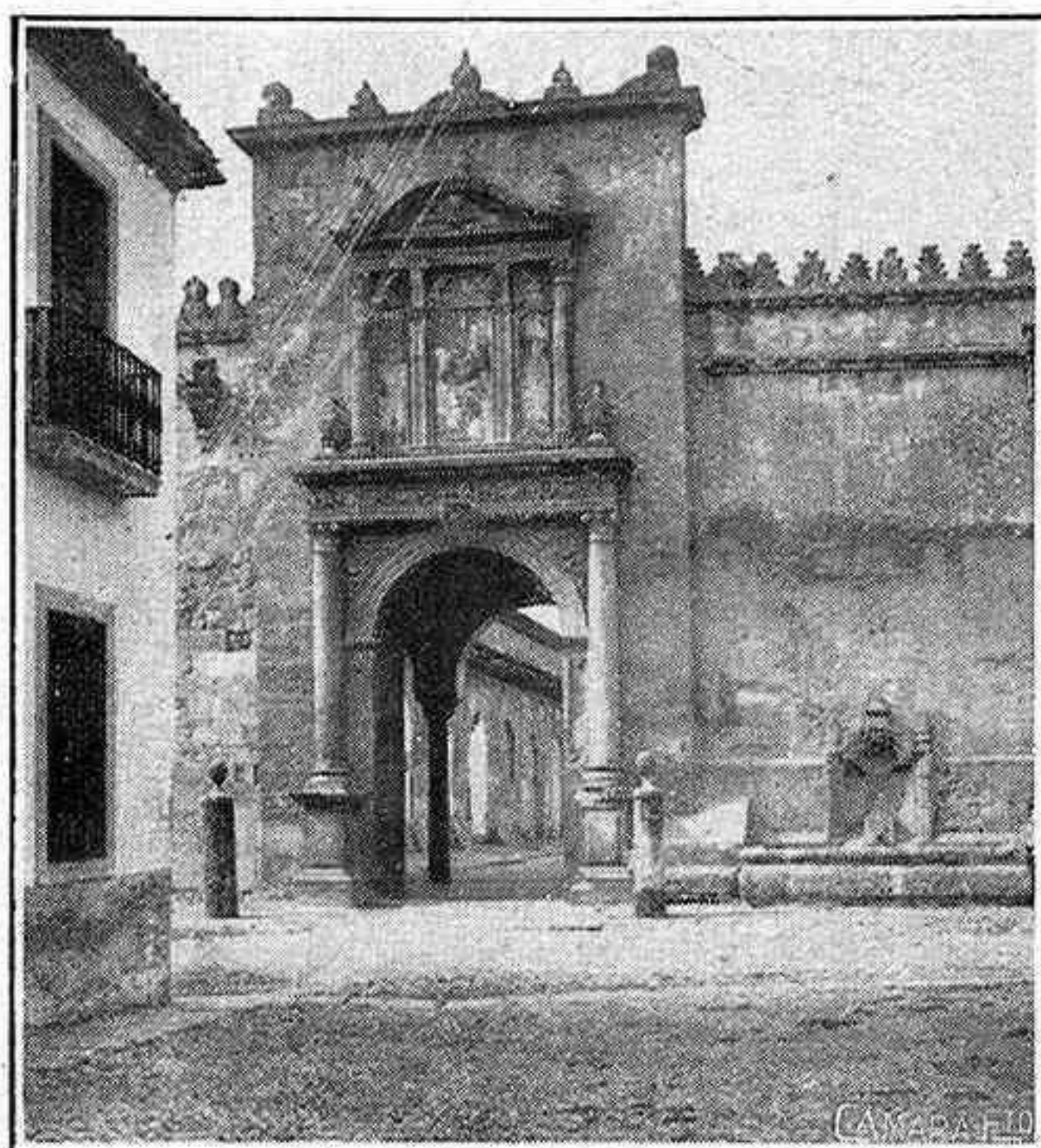


UNA CALLE DE CUÉLLAR (SEGOVIA)

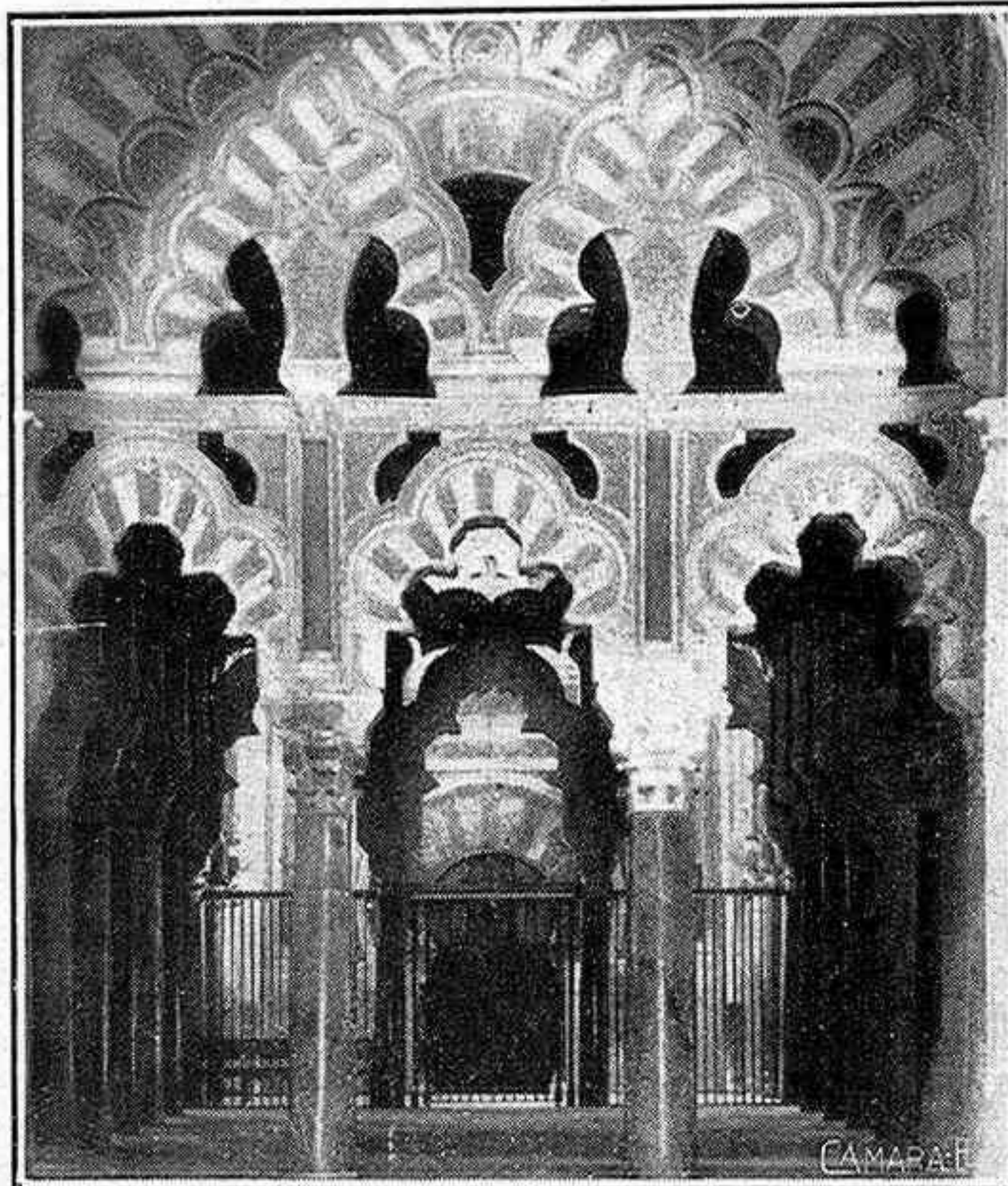
FOT. SOLLMANN

ALFONSO DE
BIBLIOTECA
MADRID

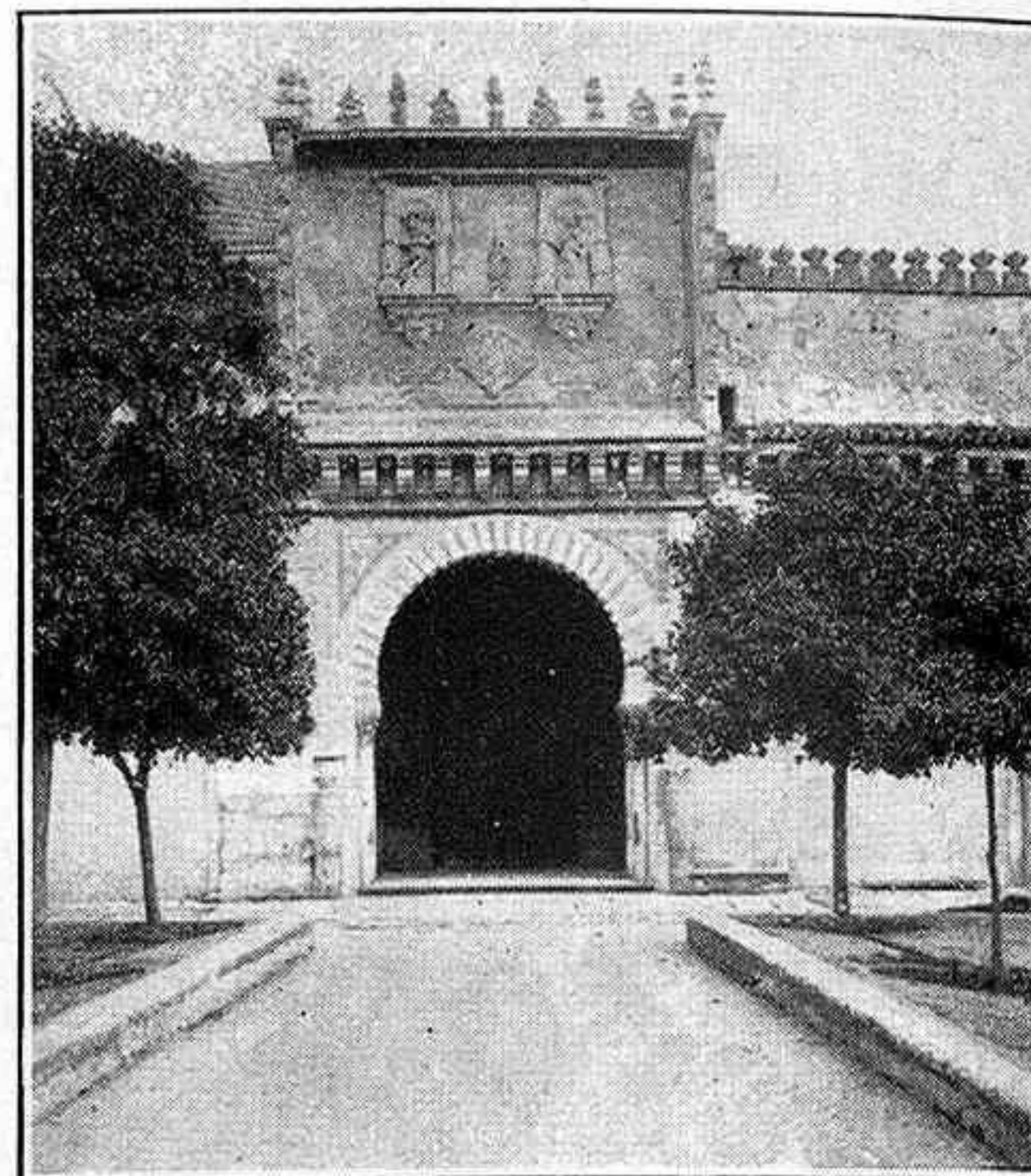
EL HECHIZO DE LA MEZQUITA



Puerta de Santa Catalina, en la Mezquita



Capilla del Mirhab, en la Mezquita de Córdoba



Puerta de las Palmas, en la Mezquita

El español que no haya estado en Córdoba es como el noble que ostenta unas armas y un escudo sin conocer la historia de su linaje. Yo sé por mí que no comencé a sentir la conciencia del pasado de España hasta que entré por aquel maravilloso patio de los naranjos, á cuya deleitable serenidad concurren la tierra fecunda, el cielo, palpitante de luz, y el acuerdo de dos civilizaciones. Si en alguna parte es posible detener de la rienda al pasado y hacerle caminar con nosotros, es en aquel patio de la mezquita, junto á la fuente mora y á la torre cristiana.

Allí es donde os penetra hasta los huesos el silencio de Córdoba y donde adivináis el secreto que fluye de las piedras para extenderse por toda la ciudad como un hechizo. Habeis entrado en la Mezquita, habeis profanado el bosque de columnas, palmeras. Un concepto llano y familiar de la religión, hermana de la sensualidad en el hogar y de la retórica en los versos árabes os presta la osadía necesaria para pisar aquellas losas, á vosotros, hombres del siglo xx, corazones fríos, almas de turista. Medís la grandeza del ideal mahometano por la altura de aquellos arcos, en que domina la gracia y no la fuerza; veis su imagen, demasiado humilde, del infinito, por la repetición de los mismos motivos arquitectónicos y el amor á su arte, minucioso y geométrico, en aquella labor de orfebre que convierte en joyas las lisas paredes del Mirhab.

Después contempláis el ingerto, único en el mundo, de la catedral dentro de la mezquita y caben en vuestro espíritu civilizado las dos culturas enemigas como emociones arqueológicas. Asistís á una lucha que parecía terminada desde que se alzó la cruz en los alminares y se difundió la voz del órgano bajo la calma hostil de los artesonados. ¿Todo ha muerto? ¿No hay ningún genio superviviente encargado de vengar la derrota?

Ya al salir otra vez á la diáfana y cálida claridad del día, el patio de los naranjos parece que habla un lenguaje distinto. Los rayos del sol son los únicos vencedores. Los azahares envían á nuestros sentidos una blanda caricia oriental. Al pie de la fuente, una niña de ojos precoces, morena, el pelo negro apretado sobre las sienes, eleva lentamente su cántaro sobre la cabeza. Y un chiquillo, ni moro ni cristiano, duerme audazmente cara al sol. No se oye un grito, ni un paso;

no llega una ráfaga de aire para alterar el verde intenso de las hojas.

Profunda laxitud domina en el ambiente de la mezquita; recoge el azahar como un veneno diluido y lo esparce en torno suyo por encima de la alta torre, sobre las casas moras y más allá del Guadalquivir.

Otras veces, la plenitud del sol y el incendio íntimo de la tierra, habrá producido en vosotros sentimientos de rebeldía contra las ciegas fuerzas naturales.

El impulso para vencerlas nace de la misma ferocidad del choque.

Pero ¡qué honda melancolía, qué desolada y mortal melancolía la que levanta el sol al caer sobre las piedras cordobesas! Es una polvareda de venganzas y rencores eternos. Es el hechizo de la Mezquita.

Al herirme esa misma sensación de entrega, de renuncia, de desfallecimiento, he querido creer que la vieja cuenta no está liquidada y que

son las piedras las que gravitan sobre el alma de la Córdoba de hoy.

¿Cómo van á olvidarse de lo que fueron hace siglos?

Guardan el recuerdo de los Omeyas triunfantes de los cristianos en Castilla y de los bereberes en Africa; de las riquezas fabulosas guardadas en las arcas, bajo tierra, por emires y califas, bellas riquezas atesoradas en monedas de oro para hacerlas surgir un día como en un cuento de Bagdad.

Tienen vivo aún—más vivo que la realidad presente—el recuerdo de aquella época en que florecían á su amparo la industria y el comercio, las artes y las ciencias; cuando los extraños iban á admirar el cultivo de sus campos y las aguas corrientes encauzadas por arte de sus labradores.

Cuando sus armas vencían por mar y por tierra, se levantaban andamios por toda la extensión del Califato, poblábanse de ciudades los campos y de barrios y escuelas las ciudades y en todas partes se entonaban alabanzas á Dios y se repetían los bellos versos de los poetas. Si

al entrar en Córdoba los vencedores hubieran derribado las piedras, destruyéndolas y aventándolas como cenizas, la suerte de la Mezquita hubiera sido menos cruel. Pero la hicieron soportar su envilecimiento, la convirtieron en esclava, la obligaron á cantar las glorias de otro profeta.

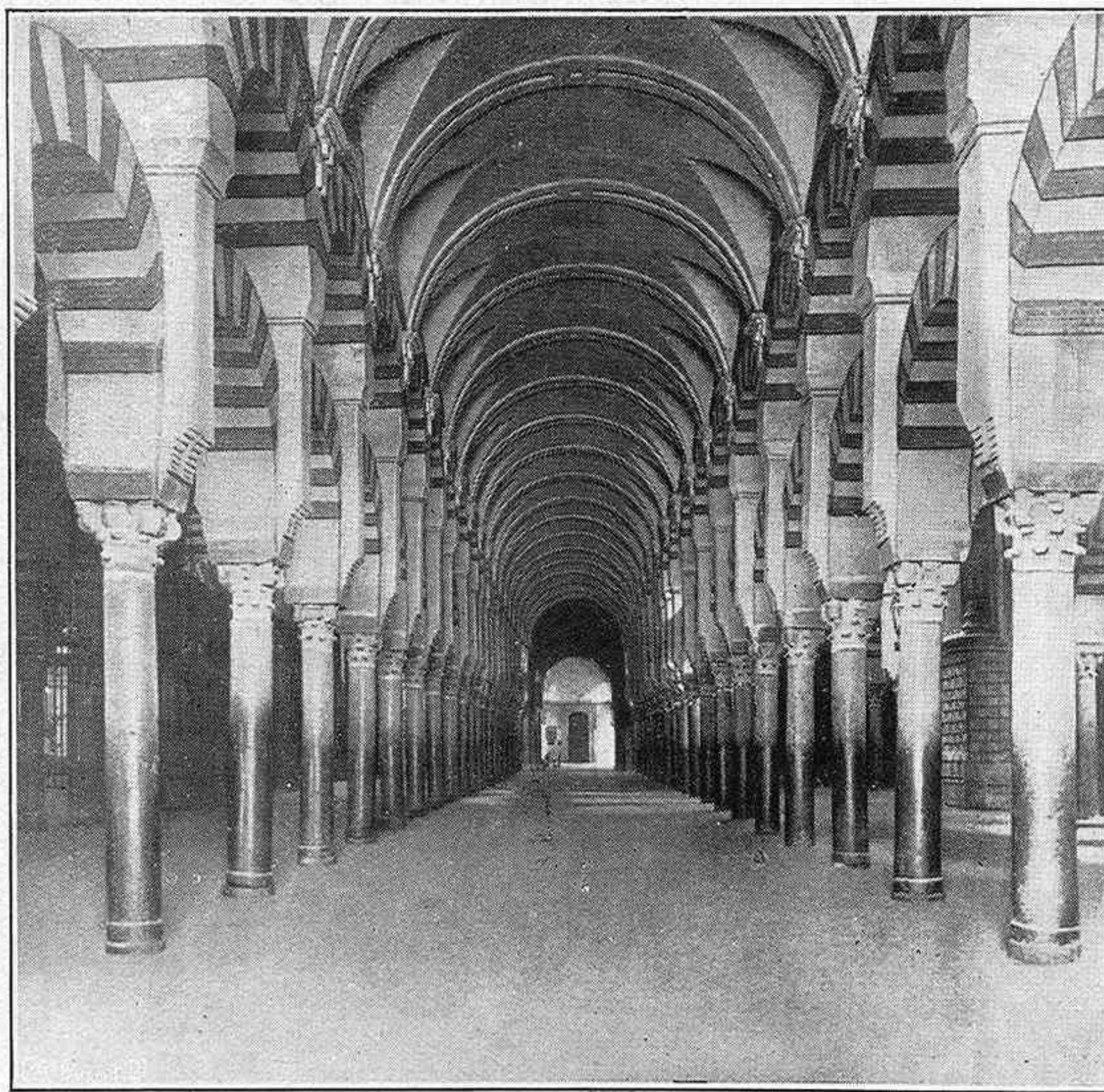
Y un sortilegio lento va extendiéndose por las calles y por las generaciones cordobesas, tanto más temible y de mayor influjo cuanto más débil es el ideal que se le pone enfrente.

Pudo vencerle desde la conquista el esfuerzo activo, enérgico, juvenil de Castilla y de la Cruz.

Pero poco á poco las dos influencias han ido rindiéndose, envejeciendo, consumiéndose, y queda entregada á sí misma la raza que antes fué musulmana.

Bajo el hechizo, las voluntades van siendo cada día más débiles; pasa por los espíritus un perpetuo crepúsculo como si esperasen eternamente la voz imaginaria del muezín y se hunden en su propia melancolía.

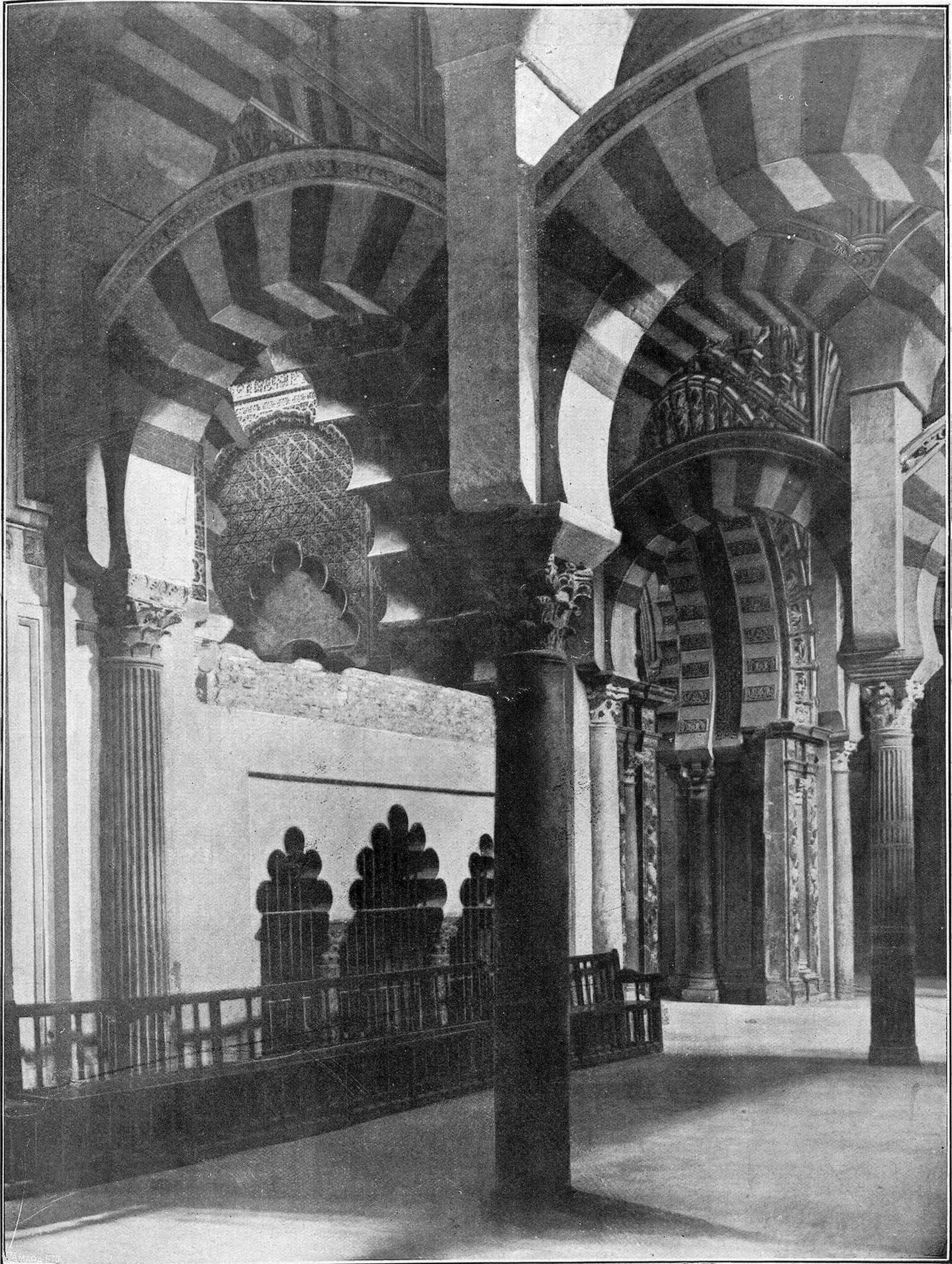
Hasta que venga—¿quién sabe de dónde?—la voluntad liberadora y rompa por amor ó por fuerza el hechizo de la Mezquita.



Una de las naves de la Mezquita

FOTS. CASTELLÁ

Luis BELLO



ATENE DE
BIBLIOTECA
1911

DETALLE DE UNA DE LAS NAVES DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

FOT. SOLLMANN

LOS HÉROES ANÓNIMOS



Soldados escoceses salvando á una niña durante el ataque de las tropas alemanas al pueblo de Loos

EN la guerra, hay héroes oscurecidos y anónimos, como hay pueblos tristes y silenciosos que se arruinan y desaparecen sin ruido. El Juan Soldado de todos los ejércitos, arrancado á su hogar para seguir una bandera, cae en el campo de batalla ó en la cama de un hospital, sin que su nombre se escriba en libros ni se cincela en piedras. Ha muerto por la patria y ha cumplido con su deber. Del mismo modo, el pueblo que vivía tranquilo, cultivando sus campos ó desarrollando sus industrias, bien hallado á la vera del río ó al abrigo de una montaña, siente el peso del invasor, se incendia y desaparece, sin que la última página de su historia tenga en el tiempo vida perdurable. Cumplió con su deber entregándose al fuego y convirtiéndose en ruinas. Nada más. El ruido y el dolor vocinglero pregonan solamente el heroísmo

de los grandes, de los soldados que lucen fagines y entorchados ó de las ciudades que señalan pomposamente su florecimiento artístico ó industrial.

En estos pueblos de callada abnegación y silencioso martirio, hay otros héroes de cuya vida y cuya muerte no ha de saberse nada, nada. Son aquellos que no pensaron jamás en empresas de guerra, ni tuvieron siquiera una vez anhelos de dominación. Los niños que soñaban en el regazo de su madre; las mujeres, que son la paz y el amor y pudieron poner sus blancas manos sobre el cuerpo herido y doliente de los soldados de todos los ejércitos. Esas mujeres que en días de tragedia llevan sobre el pecho una cruz escarlata, como un blasón de humanidad...

El fuego de los modernos aparatos de guerra las despierta de su sueño apacible en la alta no-

che... El tronar de los cañones cercanos anuncia al invasor... Y enseguida, la metralla enemiga incendia las casucas, arrasa los campos y envuelve al pueblo en llamas de fatídicos resplandores. Las campanas de la iglesia suenan como un plañido, hasta que el fuego las envuelve también y las derriba sobre los escombros de la torre. Y la luz mañanera alumbra como un cirio funeral á los héroes oscuros y anónimos, víctimas inocentes que no tendrán en la Historia ni un epitafio, ni una señal. Vivieron en silencio y el silencio las envolvió también cuando cayeron sobre el suelo ensangrentado de la patria.

Pueblos oscuros... Héroes anónimos... Merecéis la piadosa ofrenda de los que van por la vida sin dejar huellas de su paso.

DIBUJO DE MATANIA

JOSÉ MONTERO

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS
LA HISTORIA ROMÁNTICA DE UN CONVENTO

EL 1212 databa la fundación del Convento de Santo Domingo el Real, demolido hace varios años por la destructora, inconsciente e igualitaria mano del progreso.

La historia de aquel edificio religioso, por ir unida a la de la buena Infanta Doña Constanza, nieta del rey D. Pedro el Cruel, merece ser recordada con aquel vago y trémulo romanticismo con que se evocan sucesos en que el sentimiento piadoso, resignado y dulce, de un alma noblemente femenil intervino.

No hace mucho, nos ocupamos de lo acaecido con los restos del rey don Pedro el Cruel en aquel Convento sepultados hasta su demolición.

Hoy queremos hablar de algunos hechos que se desarrollaron en el mencionado monasterio, para refrescar ideas en los que acerca de aquél las tengan y deleitar á los que no conocieran la historia del ya desaparecido edificio.

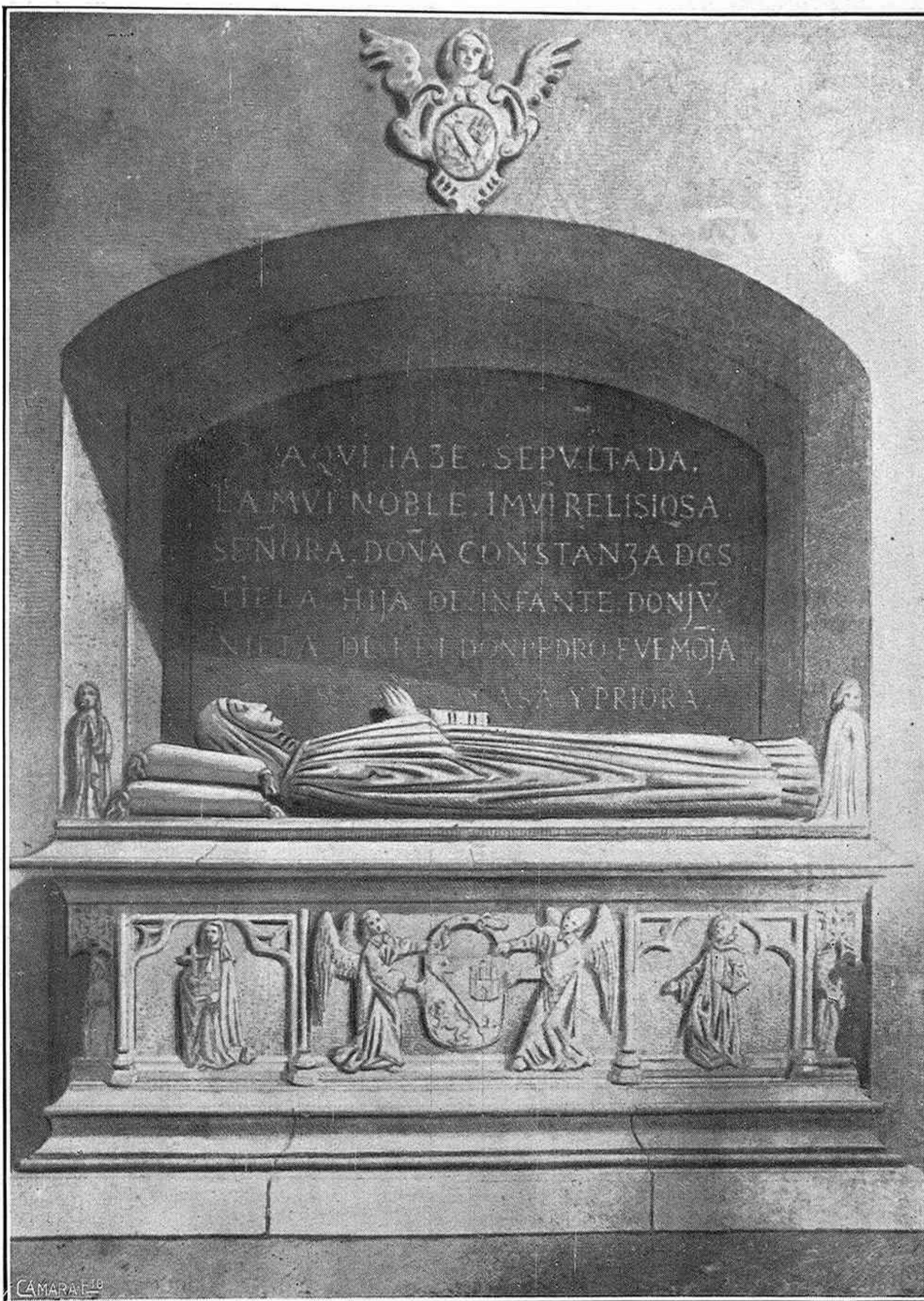
Una sombra de tragedia parecía envolverlo. Elegido por Doña Constanza, nieta del desventurado rey D. Pedro el Cruel, fué refugio piadoso donde acogerse á llorar las culpas de su corazón turbado y aplacar con sus lastimeras preces la cólera del cielo constantemente amenazador para los suyos, rodeóse de los cadáveres de sus antecesores ilustres. Primeramente obtuvo que le dejaran trasladar al monasterio los fúnebres despojos del asesinado en Montiel. Luego consiguió traer los de su padre, el infante D. Juan, á quien D. Enrique II tuvo preso en Soria, en cuyo castillo murió. Acompañó en la prisión al infante su hermano D. Pedro, que, aunque puesto en libertad por D. Juan II, era tan viejo y se hallaba tan caduco, que apenas podía moverse.

¡Siniestro destino el de aquella raza, que hasta en sus quintas generaciones pagaba los excesos del violento rey D. Pedro!

Doña Constanza hizo poner al pie del sepulcro de su padre un inscripción que terminaba así: *«Los que me miráis, conoced el poder grande de Dios: él me hizo nacer de muy alto Rey; mi vida é fin fué en prisiones sin lo merecer. Toda la gloria deste mundo es «nihil»; bienaventuranza cumplida es amar y temer á Dios...»*

La vida de aquella honesta y delicada mujer, que en opinión de santa era tenida, apagose en 1478. Y como si ella hubiera sido espejo de virtudes que con la muerte se quebraba, aflojaronse los lazos que á la Comunidad sujetaban y sobrevinieron lances tan relativamente escandalosos que merecieron las rígidas censuras de Doña Isabel la Católica, que vióse precisada á escribir á las aturdidas monjas recordándoles sus deberes. Un hecho inusitado, horrible, desarrollóse en el convento, acabando de consternar á las revoltosas como si fuera suceso sobrenatural y milagroso, aviso providencial de una justicia implacable.

En el silencio de una triste y fría noche de in-



Sepulcro de Doña Constanza, en el convento de Santo Domingo el Real

vierno, cuando la Comunidad se hallaba en el coro rezando maitines, se oyeron bajo las bóvedas del templo golpes acompañados de quejidos lastimeros, y una voz expirante que llamaba á algunas monjas por su nombre.

Huyeron las religiosas, que, impetrando la gracia y el perdón del cielo, estuvieron rezando toda la noche.

Y como si aquello hubiera sido una advertencia suprema, dejaron sus livianas costumbres, volviendo nuevamente á seguir las estrecheces de la regla de la Orden.

ooo

El suceso habíase ido olvidando. La imaginación popular tejió con aquello una historia pintoresca de trasgos, duendes y aparecidos. Nadie podía sospechar el verdadero motivo de aquel terrible hecho.

ooo

Poseían los descendientes del infante D. Juan de Castilla una de las capillas de la Iglesia, sirviéndoles de panteón, como era costumbre, la correspondiente bóveda.

Allí veíanse las tumbas de toda una generación de guerreros é infanzonas, de yacentes caballeros que hasta en el sepulcro iban acompañados de sus habituales armas, y de mujeres tocadas con monjiles hábitos, cruzadas sus manos en las esculturas fúnebres con aquella serenidad humilde y angustiosa del mármol rígido...

ooo

Uno de los descendientes del infante habíase casado con una virtuosa señora llamada Doña María de Cárdenas, que sufría ataques frecuentes que le privaban del sentido.

Hallándose su esposo en la guerra, luchando á las órdenes del rey don Fernando el Católico, sobrevinole un ataque tan pertinaz y durable que, teniéndola por muerta, sepultáronla en la capilla.

Las preces fúnebres habíanse ido acabando, el cortejo abandonando el oscuro templo que recordaba su imponente soledad...

La sepultada volvió en sí de su desmayo, rompió las ligaduras que la oprimían, abrió el ataúd que la encerraba, subió las escaleras del panteón, y viendo completamente obstruída la salida, en las agonías de aquella horrible y tétrica situación, llamaba á las monjas, pidiendo su auxilio, que no había de llegarle de ningún sitio...

Durante el día siguiente á la noche en cuestión siguieron escuchándose los lamentos de la pobre enterrada en vida, cada vez más apagados y ténues.

Tres meses después abrieron la puerta del panteón para bajar otro cadáver y todos quedaron horrorizados al ver el cuerpo de la infeliz Doña María, que en el primer escalón, junto á la puerta, yacía, hundidos sus descarnados dedos en el duro yeso de la pared...

ooo

Su esposo, vuelto de la guerra, al conocer el hecho, enloqueció. Fué su locura dulce y melancólica, apacible y resignada. Pasábase el día entero en el convento, rezando constantemente sobre el sepulcro de su desgraciada mujer. Y cuando llegó la muerte y cerró sus ojos, creyó renacer á otra vida superior y excelsa al lado de la pobre y desventurada criatura que tan siniestro fin había tenido...

ooo

La justicia de la vida, ciega é inexorable, castiga tarde ó temprano.

Y parecía complacerse en hacer recaer sus terribles fallos sobre todos los descendientes del rey D. Pedro, como si no hubiera bastado á aplacar sus iras la tierna y dulcísima Doña Constanza, figura adorable de nuestra historia...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



MOMENTOS HISTÓRICOS
EL PASO DE EL ESCORIAL
 (De un viejo memorial)



DOÑA MARÍA LUISA



CARLOS IV

Cuadros de Goya, que se conservan en el Museo Nacional de Pintura

ESTE joven Príncipe Fernando (que si Dios no lo remedia ha de llevar sobre su enmarañada testa la corona de España) saca muy buenas disposiciones para las artes liberales, y de continuar por este camino, malo será que no tengamos otro Rey sabio como aquel de las Partidas. Aún no tiene cumplidos los veintitrés años y no sólo sabe leer de corrido, escribir con bastante ortografía y no muy mala letra, sino que un punto menos que el *Padre nuestro* conoce el complicado idioma de Molière.

Tales manos lo hilan que no son menos estas que modelan el refinado gusto de Su Alteza, que el señor canónigo de la Santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, D. Juan de Escoiquiz.

Toda su vida anda el hombre como loco á caza de lauros literarios, y dicha sea la verdad, sin que en ella se entienda ánimo de agraviarle, aún no han correspondido las intenciones al fruto.

Ya que no una obra fundamental de su pluma, piensa dejarla de su espíritu, y al efecto inculca en el augusto discípulo profundas ideas que éste trasladada facilísimamente al papel.

No parece su cuarto la ordenada estancia de un Príncipe, que ha de ser (no tardando mucho porque ya lo hace esperar la avanzada edad del Rey su padre), árbitro de los destinos de una nación, sino más bien el revuelto estudio de un poeta rico.



ESCOQUIZ

Por todos lados se ven libros, pliegos sueltos franceses en su mayoría, destos que llaman periódicos, y no hay una silla libre dellos.

Lo más del día y muchas horas de la noche pásanse alumno y maestro en esta estancia revolviendo folios y apuntando notas, y durante este tiempo nadie es osado á traspasar los umbrales de la puerta, ni siquiera á interrumpir la absorta atención de los dos personajes.

A veces el principesco alumno siéntase tras de la mesa, aparta con los codos libros y papeles, toma una pluma, prueba si está bien cortada ó no, y rompe á escribir con gran estrépito del papel, lo que su reverencia le dicta mientras á grandes pasos recorre éste la habitación, como sesudo licenciado que dicta á su amanuense las partes de un escrito.

ooo

Ya el Sr. D. Manuel Godoy, que será aquello que su ambición y ansia de medro quieran que sea, pero que no es tonto y que se sabe de memoria á toda la familia real, ha dicho al Rey que tenga cuenta con aquellas encerronas y camaraderías del clérigo y el Príncipe, que no han de traer nada bueno. Y ya Sus Majestades que no miran si no es por los ojos de Manuel y no hacen cosa que no sea consejo suyo han mirado esto y piensan á la primera ocasión poner remedio.

Estos días entra y sale mucho en el cuarto de Su Alteza el abate D. Juan Bautista Melón, juez de imprentas. Yo le he conocido en casa de Moratín; parece muy culto, y tiene muy grande don de gentes.

A todos causa extrañeza verle por aquí, pero nadie ha podido saber hasta esta mañana el motivo de su asiduidad.

Parece que D. Fernando ha traducido en secreto el primer tomo de las *Revoluciones romanas*, de Vertot, con el que piensa sorprender gratamente á los autores de sus días, y ha consultado el parecer del señor abate y pedidole juicio y licencia como un escritor de oficio, expuesto á las exigencias de la censura y al olvido de los lectores.

Don Juan Escoiquiz, dice que es ciertamente maravillosa la labor del Serenísimo traductor y que si cabe ha ganado la obra el doble de su mérito con que tan insigne inteligencia se haya recreado en ella.

Aún no saben nada los reyes, y ya la voz ha cundido por todo el Alcázar.

Tampoco sabe nada Godoy, que si desta suerte fuera ya correría la edición por Ministerios y Consejos; de mí sé decir, que daría como un ochavo, doscientos reales por un ejemplar.

Desde que sé de cierto que Su Alteza se ha metido á escritor, no hago más de mirarle atentísimamente cada vez que le hallo á mano y pensar:

«Santo Dios, ¿qué fruto habrá dado esto, si los alcornoques no pueden dar otra cosa que bellotas?»

Pero en fin, allá veremos.

Cuántas veces ocurre, que de un tronco de cerezo, todo nudoso y resquebrajado sale una primorosa imagen de nuestro Redentor.

¡El que todo lo puede haya hecho un milagro en esta circunstancia!

ooo

Hoy ha sido el día elegido por Su Alteza para sorprender con el sazonado fruto del ingenio ajeno el amor de sus augustos padres.

En las primeras horas de la mañana (que el muchacho es despierto y no nada amigo de la molicie de los colchones y la calidez de las sábanas), salió de su cuarto en dirección al de los reyes.

Hasta la misma antecámara acompañábale su maestro.

Lujosamente encuadernado llevaba el Príncipe el primer ejemplar de sus *Revoluciones*.

Sus Majestades, ciertamente, no tenían noticia de las disposiciones literarias de su hijo, y estaban muy lejos de sospechar que dellas pudiera haber salido cosa alguna de provecho.

Con mucho contento tomó el señor D. Carlos IV el libro de manos de su primogénito y por un buen espacio lo estuvo mirando por fuera sin determinarse á abrirle. No hacía más de decir, bondadosamente, con esa bondad que tan desdichada le es á su honor y á la salud de España:

—Muy bien, hijo mío, quien así se honra desde el alto puesto que tú ocupas, en el cultivo de las letras no solamente se honra á sí mismo, sino que honra á su patria y á su siglo.

Unico testigo de la conmovedora escena era el Príncipe de la Paz, quien tomando el libro de las manos del Rey púsole abierto en las de la Reina mostrándole insidiosamente el título.

Estupefacta quedó María Luisa ante



“Godoy”, cuadro de Goya, existente en el Museo Nacional de Pintura

el título, y haciéndoselo ver á su esposo, dijo: —¿Pero, tú ves esto, Carlos? ¿Qué es lo que ha hecho este muchacho?

El rostro plácido de Carlos, el cazador, tornóse austero y grave.

—¿No hallaste—dijo al Príncipe—cosa mejor para manifestar las dotes de tu ingenio, que esta obra? ¿Quién te aconsejó tan desdichadamente?

¡Un futuro monarca traduciendo un tratado de revoluciones! Lo primero que debiste hacer antes de llevar á cabo tu intención es consultarme y pedirme permiso, porque un Príncipe destinado al trono no debe escribir para el público sino cuando esté seguro de que sus producciones tienen firme consistencia para resistir los embates

horas de la madrugada y aunque éstos no lo extrañaron pensando en que su aplicado hijo se ocupaba en la traducción que su padre hubo de encargarle, se han puesto en cuidado, pero hoy ha venido todo á tener el infelice resultado que D. Manuel Godoy presagiaba.

Sobre su pupitre ha encontrado el Rey esta mañana un pliego anónimo que dice desta suerte:

«El Príncipe Fernando prepara un movimiento en Palacio. La corona de V. M. peligra; la reina María Luisa corre riesgo de ser envenenada; urge impedir tales intentos, sin dejar perder los instantes. El vasallo fiel que da este aviso no se encuentra en posición ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes...»

Unido este aviso al anterior de la camarista y como además se ha observado que los criados de Su Alteza, hablan y se conducen con cierta hostil desenvoltura, el Rey decidió sorprender á su hijo en su misma estancia.

Tomó como pretexto un motivo literario ya que en literatura aparentemente anda metido el Príncipe.

So pretexto de regalarle una colección encuadernada de las poesías que se han compuesto en loor de los triunfos de nuestras armas en Buenos Aires, dirigióse sólo al cuarto de Fernando.

No esperaba éste la paternal visita y así se desconcertó mucho, y pretendió atolondradamente recoger unos pliegos que se hallaba examinando.

El mismo soberano hizo un registro en pupitres y estanterías y halló más de lo que quisiera, pues que descubrió la verdadera simiente de una conspiración para arrojarle del trono. Tomó lo que parecía de más gravedad y salió dando orden á su hijo de que permaneciese cerrado.

Como Godoy se halla enfermo en Madrid, Carlos IV ha mandado llamar al Marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia para examinar el hallazgo.

Corren malos vientos para el ambicioso y torpe canónigo, pues aunque á esta hora no ha sido preso todavía dícese que por mucha clemencia le enviarán á un castillo.

Yo pienso que lo tiene bien merecido, más que por intrigante por asno. Así como será lástima que el Príncipe se malogre, pues bajo su dominio le aguardan á España muchos días de ventura... Seguiré, durante los pocos días que me quedan que estar en este Real Sitio de El Escorial, anotando los capítulos deste notable suceso que ha de traer miga y más cola que la fuente de la Puerta del Sol durante los cálidos meses del estío.

El Escorial, á 28 de Octubre de 1807.

Por el curioso y anónimo cronista,
DIEGO SAN JOSE



FERNANDO VI
Retrato pintado por Goya



LA MODA FEMENINA



Mi amiga, gran admiradora de la distinción en las maneras y del buen gusto en el vestir, me decía con una ingenuidad de niña:

—¿Hay nada más sugestivo, más gratamente encantador, que una mujer bien vestida? ¿No está sobradamente justificado que nuestras primeras y más esenciales preocupaciones sean las de la Moda?

Realmente eran tan ciertas como inocentes sus preguntas. ¡Porque es tan difícil vestir bien!

Vestir bien no consiste en adquirir lo más costoso, ni en ufanarse de lo más rico, ni siquiera en ajustarse exactamente a los dictados de la Moda.

Con sensible frecuencia, en calles, tiendas y paseos, hacemos todas la misma observación:

—Qué hermoso traje; qué riqueza en adornos; qué hechura más moderna; pero... ¡qué mal, qué mal llevado!

He aquí el secreto de la distinción y del éxito. Hay que tener sentimiento del arte, noción de la importancia que en la vida, y muchas veces en la suerte de una mujer, tiene la elección de formas y colores de sus vestidos, la colocación de una pluma, la posición atractiva del sombrero, cualquiera de los mil detalles que integran nuestra *toilette* y que aparentemente no tienen importancia.

En este dialogar se inició el crepúsculo.

Un crepúsculo otoñal, rosa y oro, donde el sol tenía reverberaciones de incendio.

Comenzó el desfile y nosotras ordenamos al cochero la vuelta a Madrid.

Empezaban a parpadear los faroles, que, mirados desde lejos, parecían una extraña procesión de fuegos fatuos suspendidos en las sombras.

Las hojas secas caían lentamente de los árboles altos.

¡Un año más!

El coche nos dejó en el Palace. Sobre la mesa de mimbre del *hall*, la taza de Sevres esperaba el cálido beso del té.

Cuando entramos, jugaban en la orquesta, plácida y gratamente, la frivolidad y el desmayo aristocrático de un vals vienés...

ROSALINDA



PASEÁBAMOS por la Castellana una tarde melancólica y gris. El asfalto, recién bruñido por el riego, reflejaba las ruedas del coche. El aire, ligeramente frío, me obligó a subir uno de los gruesos cristales del cupé.

Habíamos hablado mucho, y mi amiga de siempre, abandonada en un ángulo del coche y reclinando su linda cabecita sobre el tapizado de seda, miraba al infinito, muy abiertos los ojos, estáticos y fijos, como si no quisieran perder ni el más insignificante recuerdo de los que acudían a la evocación, pasando, ligeros los dichosos, que rememoraban felices momentos de ilusión ó de esperanzas; más lentos los tristes, los de inquietud, los que arrancaron del corazón un suspiro y de los ojos una lágrima, con la misma crueldad que se arrancan las hojas de una flor lozana y llena de perfumes.

Yo, abstraída también, iba más atenta al elegante concurso del paseo. En realidad, miraba y no veía.

Algo del sentimentalismo de mi compañera se había apoderado de mi alma. Y pensé asimismo en los días pasados, en las horas confidenciales de los salones en fiesta, en las perfidias que encierra un ángulo sustraído al bullicio, consagrado tabernáculo del amor, arca donde iban a depositarse las intimidades y donde escuchábamos, de cálidos labios, palpitantes palabras de pasión, que oíamos emocionadas y donde se forjó el triste dolor del primer desengaño, que señala en el alma, muy hondamente, las huellas de su tortura.

De uno de los andenes del paseo nos saludaron. Llamé la atención de mi amiga, volviéndola a la realidad.

—¿Quién es?

—«Lola Mendizábal»—y nuestras manos, enguantadas, se agitaron nerviosamente tras el brillante cristal biselado como dos mariposas blancas.

Inquirimos su indumentaria. La flor de nuestros recuerdos y de nuestro recogimiento íntimo se truncó al paso de nuestra curiosidad.

«Lola Mendizábal» iba bien vestida. Elegante. Sin ninguna afectación en la *toilette*, segura de su acierto, vencía con la difícil facilidad de lo sencillo, sobre lo complicado y extravagante.



UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta
a todas las ENFERMEDADES
de la GARGANTA, de los BRONQUIOS
y de los PULMONES

**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDE V. CURARLO**
en pocos días, radicalmente y a poco coste
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

*Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
VERDADERAS*

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 1.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ia},
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol : 0,002
Eucalyptol : 0,005
Azúcar-Goma.

COMPañIA COLONIAL

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS • MADRID



EDUARDO SCHILLING

(Sociedad en Comandita)

ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE
EFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS

Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca "JABALÍ"

MADRID BARCELONA VALENCIA
Alcalá, 14 Fernando, 23 Paz, núm. 13

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor.
Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 9, y Fresa, 2
TELÉFONO NÚM. 2.449

Calzados LA IMPERIAL

Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, á pesetas 14, 15 y 16. Pedido catálogo. Apartado 559. Madrid.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
::: Dirigirse á Hermosilla, 57 :::

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.^a, únicas personas autorizadas.

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO



L'ÉPIVER

PARIS

LES ESSENCES - SAVONS -
POUDRES DE RIZ
CAUX DE TOILETTE - LOTIONS -
DES

PARFUMERIES

AZUREA

FLORAMYE

POMPEIA

SONT TRÉS APPRÉCIÉS
PARCE QU'ILS SONT
SUAVES - TENACES
DÉLICATS.



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo



PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre



SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

--: HERMOSILLA, 57 --: MADRID --:

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

Este es el mal

de que agoniza España...

POR

DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más 200 páginas,

2,50 PESETAS

Los corresponsales de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: **Sres. Ortigosa y Cia.,**
RIVADAVIA, 693, BUENOS AIRES

Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista

Por Esos Mundos

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Del Amor,
Del Dolor

y

Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" **Hermosilla, 57, Madrid**